

DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES

ORGANO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

Director, PEDRO M. IBAÑEZ

Bogotá — República de Colombia

PRIMER CENTENARIO DEL SACRIFICIO DE RICAURTE

LEY 40 DE 1913

(OCTUBRE 29)

por la cual se dispone conmemorar el centenario del sacrificio de Ricaurte.

El Congreso de Colombia

DECRETA:

Artículo 1º Declárase día de fiesta nacional el 25 de marzo de 1914, fecha centenaria del sacrificio del Capitán Antonio Ricaurte, en el campo de San Mateo.

Artículo 2º En conmemoración de la inmortal hazaña, como homenaje de la posteridad a los que gloriosamente murieron por la Patria, y como enseñanza y estímulo a las generaciones venideras, se dispone:

1. Erigir en la cima del cerro del campo de San Mateo, donde Ricaurte se inmoló en servicio de la Patria, un monumento simbólico dedicado a honrar la memoria de los militares neogranadinos que concurren a la campaña libertadora de Venezuela en 1813 y a la de 1814; monumento en que la figura principal será la de Ricaurte, o en que se hará mención especial del sacrificio de dicho héroe.

El Gobierno se entenderá con el de Venezuela para obtener el asentimiento necesario para la erección del monumento,

II. Erigir en la ciudad de Leiva, cuna de Ricaurte, un busto del héroe, en el lugar que señale el Gobierno Departamental de Boyacá.

III. Erigir en la capital de la República y en el lugar que señale el Gobierno una estatua de bronce a Ricaurte.

IV. Crear la *Orden Militar de San Mateo*, cuya insignia será una cruz de hierro, destinada a condecorar a los militares que en defensa de la Patria presen servicios eminentes o ejecuten actos de valor heroicos. El Poder Ejecutivo expedirá los estatutos y reglamentos de la Orden.

V. Crear un museo de armas en uno de los pabellones del Parque de la Independencia. El Ministerio de Guerra dispondrá lo conducente para la recolección y adquisición de armas históricas antiguas y modernas.

Artículo 3º El Congreso nombrará una Comisión de seis ciudadanos, que se encargarán, *ad honorem*, de organizar la solemnidad del centenario, los cuales serán designados así: tres por la honorable Cámara del Senado y tres por la de Representantes (1).

Artículo 4º Para la adjudicación definitiva de la Cruz de San Mateo, se necesita la aprobación de las Cámaras, obtenida por resolución tomada en dos debates. Al efecto, el Gobierno enviará el expediente que deberá levantarse para acreditar el hecho o hechos en que se funde la gracia.

Artículo 5º Destínase la suma de cuarenta mil pesos (\$40,000) para el cumplimiento de esta Ley. Esa suma será entregada a la Comisión de que habla el artículo 3º de esta Ley, y se considerará incluida en el Presupuesto de gastos de la vigencia en curso. Si toda no fuere pagada en esta vigencia, el resto se estimará incluida en el Presupuesto de la próxima.

Artículo 6º Esta Ley regirá desde su sanción.

(1) Esta Comisión quedó constituida así: Presidente, doctor Rafael María Carrasquilla; Vocales, don Lorenzo Marroquín, don Ramón Lago, don Felipe Santiago Escobar, don Daniel Ricaurte y don Carlos Calderón; Secretarios, don Nicolás Gareña Samudio y don Fabio Lozano y Lozano.

Dada en Bogotá a veintitrés de octubre de mil novecientos trece.

El Presidente del Senado,

JOSÉ VICENTE CONCHA

El Presidente de la Cámara de Representantes,

GUILLERMO CAMACHO

El Secretario del Senado,

Julio H. Palacio

El Secretario de la Cámara de Representantes.

Daniel J. Reyes

—
Poder Ejecutivo—Bogotá, octubre 29 de 1913. •

Publíquese y ejecútese.

CARLOS E. RESTREPO

El Ministro de Guerra encargado del Despacho de Gobierno,

JOSÉ MANUEL ARANGO



SESION SOLEMNE DE LA ACADEMIA DE HISTORIA

*Comisión del Centenario del Sacrificio de Ricaurte.
Número 46—Bogotá, febrero 24 de 1914.*

Señor Presidente de la Academia Nacional de Historia—En su Despacho.

La Comisión encargada por el Congreso de celebrar el centenario del sacrificio de Ricaurte desea que se celebre una velada en honor del héroe, en la noche del 25 de marzo próximo, y conociendo los elevados sentimientos de esa ilustre corporación en pro de las glorias patrias, se permite suplicarle que organice la velada, cuyos gastos corren a cuenta de esta Comisión.

Anticipo a usted las más rendidas gracias, y me suscribo su muy atento y seguro servidor,

R. M. CARRASQUILLA (1)

DISCURSO

DEL SEÑOR GENERAL CARLOS CUERVO MÁRQUEZ,
MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

Excelentísimo señor Presidente, señoras, caballeros:

En la última mitad del siglo XVIII corrientes misteriosas comenzaron a agitar el mundo occidental; anhelos vagos, casi informes en su principio, brotan espontáneos en Europa y en América; aspiraciones de libertad se extienden como ondas vibratorias al través de los mares, tenues primero, casi imperceptibles, pero que nutriéndose con su misma esencia crecen, se vigorizan y se desarrollan hasta convertirse en movimiento avasallador e irresistible. La humanidad se conmueve hondamente y se agita en trágicas convulsiones: es que en los horizontes de la historia despuntan los esplendores de una nueva época: la del imperio del derecho; la era de la libertad.

Ha sonado la última hora para las viejas sociedades hijas de la fuerza conquistadora de los bárbaros y de los vicios del mundo pagano. Aspiraciones más no-

(1) La Academia, atendiendo la anterior excitación, celebró solemne junta pública en honor de Ricaurte, en el Teatro de Colón, la noche del 25 de marzo de 1914. Presidieron el Excelentísimo señor doctor Carlos E. Restrepo, Presidente de la República y honorario de la Academia; el Canónigo doctor Rafael M. Carrasquilla, Presidente de la Comisión del Centenario, académico honorario, y el doctor José Joaquín Casas, Presidente titular de la corporación. Concurrieron todo el honorable Cuerpo Diplomático extranjero, los Ministros del Despacho, el Estado Mayor del Ejército, los Oficiales superiores de la guarnición de Bogotá, la Escuela Militar, Delegados de las otras Academias, representantes de la familia de Ricaurte y selecto concurso de damas y caballeros. El doctor Clodomiro Ramírez, Ministro de Gobierno, miembro correspondiente de la Academia, leyó el parte oficial de la batalla de San Mateo. Los académicos Cuervo Márquez y Robledo pronunciaron los discursos que aparecen en este número. Una magnífica orquesta tocó el himno nacional al principio y al fin de la sesión, y amenizó los entreactos con escogidos números de música clásica.

bles y generosas se abren paso al través de las tinieblas del mundo feudal con sus monarquías absolutas y con sus castas, sus fueros y privilegios. La humanidad tiende a constituirse sobre bases más equitativas y más justas: quiere que a la voluntad de uno solo se sobreponga el querer de los asociados; que se respete el derecho de todos; que no haya opresores ni oprimidos; en una palabra, que se pongan en práctica los sublimes principios de las doctrinas del Calvario.

El movimiento filosófico de Europa ha producido la tempestad en uno y otro Continente. Allá el trono tiembla; en la América del Norte las colonias inglesas se constituyen libremente; en la del Sur, agitaciones espontáneas, amenazadoras aunque incoherentes, se producen en el Socorro, en Quito y entre los indios del Perú. La atmósfera está saturada de anhelos de libertad. La proclamación de los Derechos del Hombre es la chispa que, cruzando los mares, lleva a todas partes el incendio que ha de producir la conflagración general, y de ella, entre mares de sangre, entre nimbos de martirio y de sacrificio, entre los estruendos del cañón y los esplendores de la victoria, ha de surgir el imperio del derecho y el reinado de la justicia.

En un medio de tan extraordinarias circunstancias, cuya atmósfera está preñada con los gérmenes de las nuevas ideas, y al calor vivificante de ellas mismas, en el último cuarto de este fecundo siglo, brota a la vida en las colonias españolas de América una generación ávida de ciencia, anhelante de gloria, fervorosa amante de la libertad y predestinada a cumplir los más altos y brillantes destinos; sabios cuyos nombres registra la ciencia con honor; mártires cuya sangre generosa se ofrenda en aras de altísimos ideales; oradores y estadistas eminentes; guerreros invictos; libertadores de pueblos; creadores de naciones. Son pléyade ilustre, cuyos hechos hacen rebosar la historia de su época, y cuyos nombres, inscritos entre los pliegues del iris, constelan con inusitado brillo el cielo americano.

La vida de esos hombres se desarrolla en cuadros de sublime grandeza o trágicamente conmovedores. El proceso de los Comuneros; los suplicios de Galán,

de Molina, de Alcantuz; las persecuciones de que fue víctima Nariño despiertan en su alma infantil nobles entusiasmos y anhelos indefinibles de libertad y de sacrificio, anhelos que crecen y se desarrollan a medida que el niño se convierte en hombre y que su carácter se forja en el molde de los héroes de Salustio o de los hombres ilustres de Plutarco, que son sus lecturas favoritas.

¿Qué mucho, pues, que con tales antecedentes y en tal escuela, los hombres de esa generación, al encontrarse en circunstancias propicias hubieran igualado y algunos superado aun a los héroes que son el orgullo de la antigua Grecia o de la Roma republicana?

Tal entre ellos, Ricaurte, genuino representante de la juventud granadina, aquél de cuya extraordinaria hazaña, llevada a cabo en el campo de San Mateo, celebra hoy el centenario la Patria agradecida.

El pequeño Ejército libertador de Venezuela, cuya alma, por decirlo así, la formaba el contingente granadino, y que en Bárbula y en Trincheras, en Araure y en Vigirima, se había cubierto de gloria, se encontraba al principiar el año de 1814 en la hacienda de San Mateo, sitiado por 7,000 llaneros al mando de Boves, el más audaz, más temible y más valiente de los caudillos que defendían la causa del Rey.

La Oficialidad del Ejército republicano estaba compuesta de jóvenes intelectuales salidos algunos de los colegios de Caracas, y los más de los claustros del Rosario y de San Bartolomé, de Bogotá, que fueron semillero de patriotas insignes. Entre ellos figuraban D'Elhuyart y Girardot, los Ricaurtes, Ortega, los Parises, Maza y Vélez, y cien más, honra del nombre granadino.

Las hordas de Boves estaban exclusivamente formadas por los pardos e indios semisalvajes de las dilatadas llanuras que riegan el Apure, el Orinoco y sus afluentes.

Así pues, en el duelo a muerte que se empeñaba en ese campo que ha inmortalizado al más sublime de los humanos sacrificios, se iba a decidir la suerte no solamente de la independencia suramericana, sino tam-

bién de la cultura de esta porción del Continente. Más que entre republicanos y realistas, esa batalla memorable se libraba entre la civilización y la barbarie, entre el elemento intelectual e ilustrado de Venezuela y de la Nueva Granada y las hordas bárbaras e incultas que desde los confines remotos de la pampa se lanzaban al combate impulsadas por la sed de botín y de sangre.

Excepcional importancia para los destinos de la América revestía por consiguiente la batalla en la cual estaban comprometidos ideales tan nobles e intereses de un orden tan elevado. Por cuarenta días consecutivos los patriotas resisten con denuedo sin igual las formidables cargas de los jinetes de Boves, verdaderos centauros que forman casi un solo cuerpo con el potro indomable que cabalgan. La gravedad de la situación y lo inminente del peligro centuplican las energías de los republicanos. El Libertador, en uno de los días álgidos del combate, quita los arreos a su caballo, y avanzando a pie hasta la línea del fuego, estimula a sus soldados exclamando: «¡Aquí entre vosotros, mis valientes, moriré yo también!» Todos los pechos rebosan de valor y de heroísmo, y del pequeño ejército se apodera el delirio del sacrificio, sentimientos nobilísimos que culminan en el corazón del Capitán Antonio Ricaurte, a quien se había confiado la custodia del parque.

El Libertador, al encomendar tan delicada misión a este distinguido Oficial, había puesto de manifiesto una vez más el profundo conocimiento que tenía del corazón humano. Efectivamente, el Capitán Ricaurte, joven granadino, miembro de una de las familias más distinguidas del antiguo Virreinato de Santafé, estaba dotado, por herencia, de un carácter apasionado y entusiasta, como que su madre, hija del Marqués de San Jorge, había contraído su matrimonio a impulsos de grandes sentimientos pasionales. Su corazón de patriota se había formado en medio de las angustias y zozobras producidas en su familia por los procesos y las persecuciones de que fueron víctimas muchos de sus miembros: primero el Marqués de San Jorge, su abuelo materno, que murió en las prisiones de Bocachica, adonde fue conducido por sus compromisos en la insurrección de los Comuneros; más tarde su tío

don José Antonio Ricaurte, quien, como defensor de Nariño, dio alto ejemplo de valor civil, y por ello, complicado en el proceso a que dio lugar la publicación de los *Derechos del Hombre*, fue condenado a prisión en los calabozos de ese mismo castillo, y allí encontró también la muerte.

Tal era la cepa de donde arrancaba el futuro héroe. Nacido y formado en un medio en donde se rendía ferviente culto a la libertad y en donde a diario se conspiraba en favor de la revolución, un intenso amor a la Patria fue el sentimiento que predominó en su carácter, respecto del cual el General José Félix Blanco, Capellán que fue del ejército patriota en San Mateo, se expresa en los siguientes términos:

«Siempre observamos que el Capitán Antonio Ricaurte se distinguía por sus ideas exaltadas y romancescas. Empapado en la lectura de las antiguas repúblicas, quería que todos fuésemos griegos o romanos. Según él no se podía ser verdadero republicano sin acciones heroicas, sin sacrificios extraordinarios y preternaturales. Todos debíamos ser víctimas inmoladas en el altar de la Patria al ídolo de la libertad»; y pronto, muy pronto encontró Ricaurte la ocasión de demostrar de manera excelsa la sinceridad de las declaraciones de que da testimonio el insigne varón que presencié los heroicos hechos que se cumplieron en el hermoso campo de San Mateo.

Hace hoy un siglo, en la mañana del 25 de marzo, el Capitán Ricaurte ve que en virtud de inesperado movimiento estratégico una columna enemiga se desprende del flanco, al parecer inabordable, y se acerca al edificio en donde se encuentra el parque cuya custodia se le ha encomendado. Como no tiene fuerza suficiente para resistir, despide sin vacilar a los pocos soldados que lo acompañan; y cuando los realistas penetran en la casa, prende fuego por su propia mano a los barriles de pólvora. La formidable explosión que se produce da al cerro de San Mateo la apariencia de un volcán en actividad. La columna realista queda sepultada entre las humeantes ruinas, y Ricaurte, envuelto en nube de fuego y entre destellos sublimes y nimbos de gloria, vuela a las más altas regiones de la inmortalidad.

Asombrados con tan extraordinaria hazaña y sin esperanza de hacerse a los pertrechos de que carecían, Boves y sus compañeros, con las lanzas amelladas y el corazón abatido, emprenden la retirada, dejando abandonados en el famoso campo centenares de cadáveres.

El sublime sacrificio de Ricaurte no ha sido estéril. El Ejército Libertador se ha salvado, y tras largas y legendarias vicisitudes, Bolívar y sus compañeros, en gloriosas campañas y épicos combates librados desde la embocadura del Orinoco hasta más allá de donde arrancan su origen los Hijos del Sol, dieron libertad a medio Continente. El iris, enseña de la Patria, que presidió las proezas de San Mateo y ante el cual Ricaurte ofrendó su vida, pudo ondear triunfante en las Termópilas de Paya y en los castillos de Puerto Cabello, en las faldas del Pichincha, en las alturas de Cundurcunca y en las cimas argentadas del Potosí.

Quizás ningún acontecimiento histórico se ha prestado tanto como éste que hoy recordamos, para adornarlo con el brillante ropaje de la fábula y de la leyenda. Si él se hubiera producido en las remotas épocas en que la poética y fogosa imaginación de los helenos orlaba la frente de sus héroes con la auréola de la divinidad, Ricaurte habría figurado entre los semidioses, al lado de Hércules, de Jasón y de Perseo.

Pero la gloria de Ricaurte fue mucho más grande que la de esos héroes mitológicos; sus resplandores iluminaron el mundo con rayos inmortales, porque el héroe granadino se sacrificó por ideales que representan las nobles aspiraciones de la humanidad: la libertad, el derecho, la justicia. La Historia le considera como una de sus glorias más puras y más brillantes, y un Continente lo coloca en primera línea en el olimpo de sus libertadores.

El ejemplo de Ricaurte nos enseña de manera elocuente de cuánto es capaz el amor a la Patria. Por eso nunca será demasiado el estímulo que en el corazón de las generaciones del porvenir se dé a ese noble sentimiento. Si no hubiere lugar para defender con los pechos en épicos combates, la libertad y los fueros de la Nación, sí podemos todos contribuir al engrandecimiento de la Patria que nos legaron los próceres, deponiendo ante sus altares los odios y las pasiones

insanas, proclamando la fraternidad colombiana y luchando con viriles energías contra el pantano y contra la selva, contra la escarpa de la cordillera y contra la pampa inculta, para poner de manifiesto ante las naciones civilizadas las múltiples riquezas con que la pródiga naturaleza ha dotado nuestro suelo privilegiado, para continuar así la obra de los libertadores que asombraron al mundo con sus proezas y con sus hazañas inauditas.



DISCURSO

DEL SEÑOR DOCTOR EUSEBIO ROBLEDO

Excelentísimo señor Presidente de la República, señoras, honorables académicos, señores.

El nacimiento, el vivir y el morir de la mayoría de los hombres, pero especialmente de los hombres de la historia, forman una sola línea isotérmica, tan regular y firme, que el psicólogo menos perspicaz tiene que ver en este fenómeno un algo superior a la inconsciencia de las fuerzas naturales; y si ese observador es siquiera mediano creyente, verá con vista de ojos el nudo suavísimamente apretado de la mano providencial y dirigente con la mano de un ser de pensamiento y libre voluntad.

Hay muertes, ciertamente, tan lógicas y de un paralelismo tan admirable con la vida y con el nacer, que en muchas ocasiones los féretros no son sino alargamientos de las cunas, y ni la imaginación alcanza a reemplazar con otra la forma como ciertas personalidades han desaparecido de la tierra. Yo no me explico, al menos, cómo podrían correr de otro modo para Napoleón el Grande sus últimos días de ensueños y de amarguras infinitas, sino allá solo, solo sobre una solitaria roca del Océano, contemplando en silencio sublime la inmensidad de los espacios, escuchando el mugir pavoroso de las tempestades del mar y el tronar solemne de las tempestades del cielo. Y antilógico y prosaico hubiera sido el morir del Libertador de cinco pueblos, en rica estancia y bajo edredones de seda; debía expirar así, recogido caritativa-

mente en una playa, mirando también el espumarajo de las olas embravecidas y el espumarajo de las almas ingratas; el pensamiento en Dios, como el único dispensador de los premios inacabables, y la tristeza de sus ojos derramándose sobre las dolencias de las naciones herederas de su gloria.

Asímismo, el nacer, el vivir y el morir de Antonio Ricaurte hállanse tan admirablemente encadenados, que esos tres momentos—pórque momento es la vida—aparecen hasta en psicología superficial casi como los vértices de un triángulo isósceles, como tres notas de una misma lira, como tres pétalos de una misma crisantema.

Vedlo, si nó. Fruto es Ricaurte de una purísima pasión de amor, avasalladora y quemante; fruto es de una energía y de un noble desprendimiento; hijo es de un sacrificio el que realizó el sacrificio de San Mateo. Para convencernos de ello trasladémonos imaginativamente a la mañana alegre y luminosa del 5 de enero de 1782, y sigamos los pasos de la dama que más tarde ha de llevar en sus entrañas al héroe incomparable. Llámase doña María Clemencia, y su padre, el más acaudalado de la Colonia, es el Marqués don Jorge Lozano de Peralta Maldonado de Mendoza, Receptor familiar del Santo Oficio, Capitán Comandante de la Compañía de Caballeros Corazas, descendiente de conquistadores, de buenas luces y arraigadas virtudes. Tiempos hace que la hermosa Marquesita—si me permitís llamarla así—tiene amores honrados y puros y compromisos matrimoniales con don Juan Esteban de Ricaurte, noble también, pero a quien el señor de Peralta no acepta de modo alguno como esposo de su hija, a quien ya ha conminado con la desheredación, si persiste en ese aborrecido matrimonio.

Los rayos mañaneros del sol de aquel día 5 parecen besar con beso de amorosa delicadeza el pétreo escudo señorial, colocado sobre el portalón de la morada del Marqués, situada en el llamado hoy puente de Lesmes, y de la cual está saliendo ahora, con paso lento y firme, doña María Clemencia, diz que a oír la misa en la santa iglesia Catedral. Pasa sin mirarlas siquiera, por debajo de las armas nobiliarias que, colocadas sobre el dintel, parecen reprenderla

severamente con el mutismo de los bloques inertes ; deja atrás los regalos de la mansión espléndida, las sanas alegrías hogareñas, y allá quizás, en la penumbra de la alcoba silenciosa, la secreta fulminación del padre.

En las amplias naves de La Catedral se arrodilla multitud inmensa que asiste al Sacrificio Augusto ; por las ojivas penetra juguetona, como una novia, la tibia luz de enero, y cuando todo es recogimiento de espíritus, cuando todo es callado replegamiento de las almas sobre sí mismas, imperceptible volar místico a las regiones del infinito, en un momento solemne de la misa, que recuerda el sacrificio del amor más grande, doña María Clemencia, acompañada de su novio, iluminado el rostro con la luz de las supremas resoluciones y palpitante el pecho con las palpitations del afecto y de las esperanzas, se dirige al Cura Rector que está oficiando, y ante la asombrada concurrencia le ruega que autorice el matrimonio que han contratado, que les imparta las bendiciones nupciales y que bendiga sus amores en nombre del que dijo que por él «dejarás a tu padre y a tu madre,» en nombre del cariñoso Jesús, que con manos que semejaban lirios, bendijo el vino de las ánforas en Canaán, en nombre del que también por amor expiró clavado sobre dos palos en cruz, bajo el tétrico doblado de los cielos oscurecidos y sobre la aridez de las rocas del Calvario. ¡Espectáculo soberbio! No parece sino que la doncella nobilísima tiene en este instante la visión milagrosa del porvenir, y que en otra forma dijera al sacerdote : «consagrad, señor Cura Rector, nuestros afectos, unidme con lazo sacramental e indisoluble al hombre a quien amo intensamente, unidme a él, porque yo soy la que será mañana concebidora de héroes, la futura madre de valientes ; unidme a mi novio, porque yo sentiré en mis entrañas la palpitation de la vida de un mártir, y ya me parece ver cómo circunda a un hijo mío una auréola de gloria y de inmortalidad.»

Niégame el Cura Rector, sin embargo, y el novio es arrestado en la Real Cárcel de Corte, en tanto que la encantadora, y la enamorada, y la enérgica, y la pertinaz doña María Clemencia es depositada en una casa

de la hoy calle del Rosario, bajo la custodia de doña María Prieto Dávila.

Mas no creáis, señores, que el fracaso de este primer acto de audaz energía domeñará a la hija del Marqués, porque han de seguirse autos ante la Curia, o sea un juicio matrimonial, hasta tener una sentencia favorable y realizar el anhelado enlace, tras del cual vino la anunciada desheredación por escritura pública, en uno de cuyos considerandos dice el ofendido y desobedecido y vencido padre:

«Estando dicha mi hija bajo de la patria potestad y pupilaje en la casa de nuestra morada, se salió de ella sin mi consentimiento, licencia ni noticia alguna y se fue a la santa iglesia Catedral, en donde se acompañó con don Juan E. Ricaurte, natural de Antioquia y vecino de esta ciudad, y según fui noticiado, con estrépito y alboroto que escandalizó a los circunstantes, instaron al Cura Rector de dicha santa iglesia a que les diera las bendiciones nupciales y presenciase la celebración del casamiento que tenían contratado todo lo cual me ha sido muy doloroso por el irrespeto, ninguna veneración ni atención que me ha tenido la susodicha doña María Clemencia, pues no solamente faltó a lo que es de obligación y derecho en solicitar mi voluntad sino que vulnerando el respeto de mi casa donde se hallaba moradora, se salió de ella con el pretexto de oír misa, para los efectos que quedan expresados; y últimamente ha contraído tal matrimonio con don Juan E. de Ricaurte»

Aquí tenéis pues, señores, a la madre de Antonio Ricaurte; y ¿no es verdad que ahora nos decimos que este nacer del héroe de una madre como doña María Clemencia Lozano de Peralta González Manrique, se eslabona con los actos todos de su vida y con el acto de su muerte, con una lógica rigurosa, como las tres proposiciones de un admirable silogismo? La madre es tenaz y persistente como lo es el hijo; la madre deja los afectos en la morada señorial, como deja el hijo las dulzuras de su hogar para correr a los campamentos; doña María Clemencia, ardiendo en afecciones entrañables, da por amor un puntapié a la fortuna, y Antonio Ricaurte, ardiendo en llamas

voraces, le da un puntapié a la vida por amor a la Patria y a la Libertad.

¿Y cómo no ha de permitir, señores, vuestra inagotable benevolencia, que yo, para redondear mi pensamiento y cumplir malamente con la honrosísima tarea que me encomendó la honorable Academia Nacional de Historia, salte algunos lustros adelante para asistir siquiera a dos momentos de intensa y patente manifestación de la idiosincrasia de un joven Oficial, de acentuadas y vigorosas facciones, de grandes ojos llenos de vida y de ensueño, como si en ellos se reflejara una luz de inmortalidad?

Era el 24 de diciembre de 1811. En las aulas altas del edificio de San Bartolomé hallábase reunido el Colegio Electoral bajo la Presidencia de don Pedro Groot, y las multitudes expectantes se agitaban en confuso oleaje dentro del edificio, en la calle y en la plaza principal, pues se trataba en esta sesión de elegir el Presidente del Estado y demás miembros de la Representación Nacional que habrían de ser renovados para el año venidero, a la vez que se debía revisar la Constitución. ¿Cuál de éstas dos funciones iba a ejercer primeramente el Colegio Electoral, o mejor dicho, cuál de ellas ejercería, pues era casi seguro que si se entraba a la revisión se aplazarían las elecciones? Era esto lo que no querían los incontables amigos del egregio Nariño, pues esperaban que él sería el Presidente.

Grande era la agitación en las apiñadas masas; solemne era el momento, cuando de repente un joven militar rompe atrevidamente el bloque de la multitud que le abre paso muda y medio asombrada, y desde la barra y mirando al solio presidencial, alta la frente, gallarda la apostura, firme la voz, pregunta si siendo ese el día señalado para las elecciones podría diferirse para cuando la Constitución se hubiera revisado.

Tal interpelación fue el botafuego formidable; la interrogación audaz que vino a resolver en un segundo un problema de incalculable trascendencia; fue el grito enérgico de un Oficial valeroso que decidió un combate político.

Ardiente fue la discusión entre los miembros del Colegio Electoral, y pocas horas después entraba el gran Nariño a tomar posesión del cargo de Presidente del Estado. . . . Cuando el Precursor hubo jurado por Dios el cumplimiento de sus deberes, el atrevido Oficial, que permanecía firme en su puesto, felicitó al Colegio Electoral por su patriótico proceder. . . . Y del pecho enorme de la multitud salió un ¡hurra! estruendoso para Antonio Ricaurte.

Así salvó este mártir futuro la elección de Nariño, como en años anteriores su homónimo y tío don José Antonio Ricaurte había arrostrado la muerte, y murió por ser el defensor del mismo Nariño en la causa que se le siguió por la publicación de los *Derechos del Hombre*. Era que corría por sus venas la sangre de sus genitores, y «al cabo de los años mil vuelve el agua por donde solía salir,» dice uno de los antiguos y profundos proverbios españoles.

Pero hay por último, señores, en la existencia de este hombre, un incidente particular o privado, donde se revela con claridad deslumbradora el sacrificio de San Mateo. . . . Encontrábase Ricaurte por aquellos días en uno de los balcones interiores de su cuarto, cuando entró un Oficial de apellido Pardo, y por cualquier motivo trabáronse de palabras, muy distintas por cierto de las que se cruzaban en los tiempos medievales entre el galán de capa y espada y la enamorada novia asomada en el alto alféizar morisco. La discusión y las agresiones mutuas fueron en progresión geométrica creciente, y quizás el Oficial Pardo le diría desde el patio a Ricaurte, lo que según el Romancero le escribió el moro Tarfe a su enemigo Zaide:

Sál a ver si te defiendes
como en el Alhambra agravias;
y si no osas salir solo
como lo está el que te aguarda,
algunos de tus amigos
para que te ayuden, sáca:
que los buenos caballeros
no en palacios ni entre damas
se aprovechan de la lengua
que es donde las manos callan.

¿Cómo contesta entonces Ricaurte? . . . Pero, señores, antes de oír su contestación, pongamos en ese

mismo balcón y en condiciones iguales, a Sucre, y veremos a éste descender al patio, estudiar el terreno con certera sagacidad, y luego atacar o aguardar el ataque, imponente y sereno; pongamos a Córdoba, y veréis cómo baja a partir el sol, y desnudando la espada, y a «paso de vencedores,» avanza intrépido contra su contenedor, y lo vence; coloquemos a Páez, y saltando por las escalas del balcón como un corcel sin freno, en epiléptico arrebatado, se va sobre el enemigo y lo estragula; coloquemos a Maza, y también descendiendo de la escalera, y atropella a su ofensor y lo domina, y lo muerde.

Pero es Ricaurte el ofendido; no descende sereno como Sucre, ni intrépido toma las escaleras como Maza, Páez o Córdoba. El camino es muy largo. el momento es supremo. Es mucha la distancia a las escalas. ¿Qué hace entonces? Se lanza desde el balcón sobre el Oficial Pardo.

Hé aquí, señores, volando desde la altura a quien mañana volará a las alturas; hé aquí, en este hecho singular de una vida, el natural prolegómeno de una muerte.

Juntad ahora el nacer de Ricaurte de la unión de la sangre de los Ricaurtes heroicos y de los Lozanos impertérritos, juntadlo siquiera con estos dos momentos de su vivir, y unid este vivir con su desaparecer sublime, y veréis cómo se eslabonan en collar de perlas luminosas, su cuna, sus hechos y su tumba. ¡Y que tumba, señores! «¿A dónde volaron tus miembros, mancebo generoso?» se pregunta don Juan Montalvo. «Si fuera dable suponer que los que desaparecen del mundo sin dejar rastro de su cuerpo, son llevados al cielo en figura de hombres, ya pensarían que tus huesos no yacen en la tierra, ni las cenizas de tus carnes se han mezclado con el polvo profano. Quemado, ennegrecido, sin ojos en el rostro, sin cabello en la cabeza, todavía me hubieras parecido hermoso, y al contemplar ese tizón sagrado, mis lágrimas hubieran corrido de admiración y gratitud, antes que de dolor.»

Sí; de admiración, de gratitud y de orgullo debe rebosar hoy el alma de todo colombiano; de orgullo, sí, porque son contadas las tierras de donde brotan como una bendición la flor de un Antonio Ricaurte, y

porque debemos estar convencidos de que si sabemos aprovechar las lecciones de sublimidad heroica como la del sacrificio de San Mateo, y de que si, anteponiendo el concepto de Patria a la mezquindad de nuestros odios políticos, nos agrupamos como hermanos al pie del tricolor glorioso de Colombia, seremos invencibles como nación, y no amenguaremos el surco de luz que con sus virtudes, con la espada o con la pluma trazaron nuestros padres en las páginas de la Historia.

EL HEROÍSMO DE ANTONIO RICAURTE

SACRIFICADO GLORIOSAMENTE EN ARAS DE LA LIBERTAD DE VENEZUELA, EL 25 DE MARZO DE 1814 (1)

En el antiguo ingenio *Bolívar*, a la vera noroeste del Gran Ferrocarril, y en la jurisdicción del Municipio de San Mateo, del Distrito Ricaurte, en el Estado Aragua, se erigió el 2 de abril de 1911 un monumento al insigne Capitán Antonio Ricaurte y Lozano.

Ese monumento se alza en el sitio mismo que ocupaba la casa destruída por el acto heroico de Ricaurte, como para atestiguar a los ojos de las generaciones venideras la sublime acción del intrépido neogranadino.

El sacrificio de Ricaurte no es muy conocido en Chile.

(1) Estudio leído en sesión pública de la Sección de Historia de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, celebrada en la Biblioteca Nacional de Santiago. A ella concurrieron, entre otras personalidades, el Presidente de la Sección, señor Manuel María Magallanes, los socios Ismael Gajardo Reyes, Alberto Edwards, Wenceslao Rodríguez León, Enrique Adunate Larraín, M. de la Cruz, A. M. de la Fuente, Efraím Martínez, G. Velásquez, Ramón Huidobro Gutiérrez, Tomás Thayer Ojeda, Pedro J. Osorio, Clemente Barahona Vega, L. A. Silva, José Manuel Piñera y Alberto Cumming; el Ministro de Colombia, doctor Enrique Olaya Herrera, etc.

La Mesa Directiva inició el siguiente acuerdo, que fue aprobado:

“La Sección de Historia de la Sociedad de Historia y Geografía acuerda consignar en su libro de actas el homenaje de sus simpatías a Colombia, patria del héroe Antonio Ricaurte.”

Algunas breves reminiscencias históricas bastarán para darle a conocer.

El 20 de febrero de 1814 salía de Valencia el Libertador con su Estado Mayor; al pasar por la *Cabrera* hizo marchar una Brigada de artillería, con la escolta correspondiente, hacia este punto; y la armadilla del lago de Tacarigua, con tropas de desembarco, dio la vela con el destino de proteger las plantaciones de tabaco y las riberas opuestas del mismo lago. El Cuartel General fue transferido al pueblo de San Mateo, sito a inmediaciones de la villa de Cura, donde se hallaba una gran parte del Ejército que debía marchar contra los Llanos.

Es bien conocida la situación de Bolívar en el campamento de San Mateo. Atacado por un Ejército superior en número, se sostenía con esfuerzos inauditos.

En la acción del día 28 de febrero tuvo el Ejército patriota doscientos trece hombres muertos y heridos, contándose entre los primeros el bravo Coronel Manuel Villapol, el Teniente Rafael Quintero y el Subteniente Fernando Lecuna, de Valencia; y entre los segundos, el benemérito Coronel Vicente Campo Elías, Comandante General de los Llanos, gravemente; el Teniente Coronel graduado Ignacio Ibarra, Comandante de la Brigada de Caracas, y los Capitanes Jaime Picón y José María Vera, de Barlovento.

En este entrevero fue gravemente herido en un muslo el General español Boves, quien tuvo que ser conducido a la villa de Cura, para dispensarle las primeras atenciones que su estado exigía.

El 2 de marzo dispuso el Libertador que los Cazadores atacasen los puestos avanzados del enemigo, lo que se verificó a medio día. Las posiciones de su derecha e izquierda fueron ocupadas en breve tiempo por los patriotas, y aunque el enemigo empeñó todas sus fuerzas en la acción, los Cazadores se mantuvieron en las alturas hasta que se les ordenó la retirada, con el fin de que el Ejército realista viniese a una acción general, lo que no pudo conseguirse.

En la tarde del 4 de marzo hizo una salida parte de la caballería de reserva, una Compañía de La Guaira y otra de Cazadores, que lograron desalojar a los españoles del camino de *Turnero* que ocupaban.

Tuvieron éstos grandes pérdidas; en las filas republicanas sólo hubo la del Teniente de la Guardia, José María Chirinos, y dos soldados heridos.

El 8, al medio día, ordenó Bolívar que las tropas ligeras atacasen las alturas enemigas de la derecha y de la izquierda, y que, una vez ocupadas, se retirasen a sus posiciones lentamente, para que el enemigo se empeñase en su persecución y fuese destruído. En efecto, los soldados del Libertador, trepando por los cerros, desalojaron e hicieron huír a los realistas; y aunque los patriotas se retiraron, aquéllos no se atrevieron a perseguirlos.

El 17 de marzo se trabó una acción muy encarnizada. Rompióse el fuego por ambas partes a las seis de la mañana, y sólo cesó a las nueve de la misma hora en que la caballería patriota persiguió hasta la *Encrucijada* a la española, mostrando superioridad sobre ella.

Las operaciones de esa jornada estuvieron bajo la inmediata dirección del Mayor General interino de la izquierda, don Tomás Montilla, ex-Secretario de Guerra en el Cuartel General Libertador.

En esa refriega cayó levemente herido el que pocos días más tarde debía asombrar al mundo con su portentoso heroísmo.

El 25 de marzo de 1814 fue empeñada la lucha principal. A mil quinientos metros al oriente del pueblo se alzaba la casa alta del Ingenio, sita en un estribo de la serranía, a unos cincuenta metros de altura sobre el valle. En esta casa estaban los heridos y el parque de reserva, con una corta guarnición que mandaba el Capitán Antonio Ricaurte, herido, como hemos dicho, en la acción del 17 de marzo.

Cedo a la pluma de Eduardo Blanco, autor de *Venezuela Heroica*, el derecho de narrar el episodio culminante del sitio de San Mateo:

«Al despertár la aurora del 25 de marzo de 1814, estrepitosa vocería se levanta en el campo realista. Redoblan los tambores, suenan cornetas y clarines, relinchan los caballos y crujen las cureñas de las piezas volantes que el enemigo pone en movimiento. Luégo impetuoso, el Ejército español desciende a la llanura, despliega en alas su numerosa caballería, y se arroja sobre nuestra línea de batalla.

Un combate violento, tenaz, encarnizado, se traba en todos los puntos que simultáneamente ataca el enemigo. Nuestros soldados defienden sus posiciones con heroica bravura y rechazan las repetidas cargas con un fuego incesante y mortífero, que impávidos resisten los jinetes de Boves, y que contesta con no menos estrago la numerosa infantería realista regida por Morales.

«Boves enardece á los suyos con el ejemplo de su arrojo. En medio al fuego que destroza sus filas se divisa a aquel atleta formidable, sobre su gran caballo de piel leonada y negras crines, como visión terrible. A la cabeza de sus compactos escuadrones carga personalmente con indecible empuje, quiebra sus lanzas en las groseras palizadas que resguardan el centro de los republicanos, repliega destrozado y frenético, carga de nuevo con inaudita audacia, y fatiga con sus rudos ataques la esforzada resistencia de nuestros batallones.

«Ayala, no menos combatido en el ala derecha, se mantiene a pie firme.

«Las horas corren rápidas en aquella espantosa faena. El combate no desmaya un instante. Los muertos toman parte en la lucha, porque embarazan con su crecido número los movimientos de los vivos. El destrozo por una y otra parte es incalculable y alarmante; y el sol comienza a declinar sin que la furia del ataque y la tenacidad de la defensa hayan perdido nada de su mutuo ardimiento.

«Con el prestigioso ascendiente de su palabra y de su imperturbable serenidad alienta el Libertador a sus soldados. Acude a toda parte donde la lucha se traba con encarnizamiento; aplaude, anima y premia con frases lisonjeras el valor y la constancia de sus acribillados batallones, los lleva al fuego con impávida calma y rechaza en persona las más terribles cargas que le da el enemigo.

«*Dos horas más de brío, y la victoria es nuestra,* dice y repite a sus heroicos compañeros. *Para morir nos sobra tiempo; tratemos antes de vencer.* Y asombra con su tranquila decisión, y enardece y fatiga la tenacidad de sus contrarios, cuyos esfuerzos burla a cada nuevo empuje con que se promete exterminarnos.

«Los realistas agotan sus municiones de reser-

va durante las nueve horas de aquel rudo combate, y sólo fían el triunfo de sus armas a la impetuosidad de su caballería y a la audaz operación tan sigilosamente practicada sobre el parque de los republicanos. Aquélla tarda, empero, en realizarse, y Boves, impaciente y frenético, se empeña en abatir con el pecho de sus caballos las mal seguras palizadas que defienden nuestras bayonetas.

«Una furia creciente preside a las desesperadas cargas que nos da el enemigo; pero su arrojo y su bravura se estrellan contra la firme decisión de los independientes. Bañadas en sangre y extenuadas, ceden al fin y retroceden las impetuosas hordas, cuando un grito de angustia y de terror de nuestra parte, y de alegría feroz en el opuesto bando, resuena de improviso en medio a la batalla.

«Todos los ojos se vuelven hacia la altura que domina la casa del Ingenio, y sobrecogidos de espanto divisan nuestros soldados la fuerte columna encaminada a adueñarse del parque.

«Aquella inesperada operación conturba el ánimo de los independientes. La pérdida del parque es la pérdida de la batalla, y custodiado aquél por escasa tropa, y en la imposibilidad de socorrerlo, nadie duda del desastroso fin de la jornada.

«Al estrépito de la refriega sucede, sin que nadie lo ordene, un silencio solemne, en que la angustia de los republicanos contrasta con el júbilo mal reprimido de sus contrarios.

«Boves, satisfecho de sí, contempla con infernal sonrisa aquella terrible acometida. Mientras que en el opuesto campo, desnudo el sable, los ojos centellantes, airados y magníficos, en tan supremo trance, los jefes republicanos corren a agruparse en torno de Bolívar ofreciéndole como último baluarte sus nobles corazones. En aquel momento de tremenda agonía descende el Libertador de su caballo, le hace quitar la silla, y colocándose en medio de sus tropas: *Aquí, les dice con enérgico acento, aquí entre vosotros, mis valientes, moriré yo el primero.*

«La columna enemiga baja entretanto al pasitrote con formidable empuje sobre la casa del Ingenio, y nuestro Ejército repite con ansiedad creciente el nombre de Ricaurte. Sobre aquel joven héroe

caerá el golpe de gracia que ha de abatir en aquel día los mayores esfuerzos de la Patria. Todas las miradas le buscan, y palpitan por él todos los corazones.

«Conflictiva es la situación para Ricaurte. La casa confiada a su custodia no sólo encierra el parque y municiones del Ejército, sino gran número de heridos y mayor cantidad de niños, mujeres y ancianos, parte de la emigración de los vecinos pueblos refugiados en San Mateo, y para su defensa apenas cuenta con algunos soldados, que no llegan ni a la décima parte de las fuerzas por que se ve atacado.

«Su bravura, con todo, se sobrepone a su material debilidad, y palmo a palmo disputa al enemigo el sagrado depósito que aquél se esfuerza en asaltar. Al fin se ve abrumado por el número, y constreñido a desamparar el puesto que custodia, ordena a los heridos y a los niños, mujeres y ancianos que aterrados se agrupan o discurren por todo el edificio, abandonar la casa e ir a refugiarse a otra parte. Luégo, con gesto irreplicable, se hace obedecer de cuantos le rodean: los soldados que aún sostienen el fuego, descienden a su turno el recuesto de la colina, y sólo con su heroica grandeza espera al enemigo que asalta el edificio en medio de atronadores vítores.

* * *

«Un grito inmenso de triunfo y de alegría resuena al mismo tiempo en el campo realista, pero instantáneamente, insólita explosión y aterrador estrépito retumba en todo el valle, y densa nube de humo asciende entre lenguas de fuego y cubre la montaña.

«¿Qué pasa? ¿Qué acontece? Todos lo adivinan al disiparse el humo, que, cual fúnebre manto, se extiende sobre la casa del Ingenio. El antiguo edificio, convertido de súbito en un montón de escombros, pregona el heroísmo de Ricaurte... . . . Glorioso sacrificio a que no le induce la desesperación, ni se puede estimar como el arranque de despecho de una trágica muerte, ni menos como la protesta insolente del orgullo militar humillado. Nó; Ricaurte no es Cambrone en el último cuadro de Waterloo, revolviéndose en su agonía de león para escupir el rostro

con frases de desprecio, a su enemigo vencedor. Está más alto. El amor a la Patria es sólo quien le inspira. Una peripecia de la batalla le sirve de pedestal, y sobre ella se empina. Su talla adquiere las proporciones de los antiguos héroes; su cabeza se pierde entre deslumbrantes claridades, y a sus pies todo lo ve pequeño, menos la tumba que para recibirle cava todo un Ejército. Desde la altura en que se encuentra divisa el campo de batalla, y en él a sus amigos desesperados de vencer, a Boves soberbio y victorioso, y tanto esfuerzo inútil y tanta sangre vertida infructuosamente, y la Patria humillada y su causa perdida: todo lo ve a sus pies, y árbitro se siente y soberano de la cruenta jornada. Su vida por mil vidas y por el triunfo de los suyos le propone el destino; y convencido acepta el sacrificio, y corre a él, y espanta y vence, y desaparece de la tierra para ceñir en la inmortalidad la refulgente auréola de su gloriosa abnegación.

«Ante aquel extraordinario sacrificio, Boves retrocede aterrado, y de nuevo se guarece en las alturas.

«Bolívar le persigue hasta sus inexpugnables posiciones; recorre el campo donde yacen extendidos mil cadáveres, y espera la llegada de Mariño para abrir la campaña.

«Tres días más permanece el terrible asturiano en sus antiguas posiciones; luego cambia de aviso y se retira al fin de la presencia de Bolívar, noticioso de la proximidad del esperado Ejército de Oriente.»

La proclama del Libertador a los pueblos de Venezuela y el *Boletín Oficial* expedido por el mismo en el Cuartel General de San Mateo, sobre la acción del 25 de marzo, que vienen en seguida, completan aquel grandioso cuadro de heroísmo, esbozado en las anteriores líneas:

PROCLAMA

DEL LIBERTADOR A LOS PUEBLOS DE VENEZUELA

¡Venezolanos!

Cuatrocientos soldados de la Nueva Granada en menos de dos meses rompieron las cadenas que el

pérfido Monteverde os puso; y un puñado de venezolanos arrolló en Maturín los batallones españoles más numerosos. El Ejército Libertador de Venezuela ha destruído las tropas de Salomón en Bárbula, Las Trincheras y Vigirima; ha reconquistado el occidente de Caracas y sus Provincias, con la sola batalla de Araure. En El Mosquitero se decidió de la suerte de los Llanos. Pero sucesos inesperados y funestos nos han privado de los Llanos y del Occidente, sin que los enemigos hayan triunfado más que de Aldao y Campo Elías. De resto, si hemos abandonado territorios, ha sido siempre venciendo, salvando el honor y las armas de la República. Nada ha tomado el enemigo por la fuerza. La incomunicación en que han puesto a nuestros Ejércitos las partidas de bandidos que cubren las inmensas provincias que ocupábamos, han reducido a nuestras tropas a carecer de municiones, de alimentos y de noticias. Los bandidos han logrado lo que ejércitos disciplinados no habían obtenido.

Estos infortunios no deben intimidaros, venezolanos, pues tenéis soldados impertérritos que saben vencer por la libertad o morir en el campo, antes que entregaros al furor de los mónstruos que vienen a destruíros. Por fin sois americanos, porque sois libres, porque sois hombres y no esclavos. Confíad en vuestros defensores, y vuestra confianza no será turbada. Yo os lo protesto por los manes sagrados de Giradot, Ribas Dávila, Villapol y Campo Elías, vencedores en Bárbula, La Victoria y San Mateo. ¡Qué! ¿podréis olvidar que quedan aún a la República los invencibles de Occidente, los destructores de Boves y los héroes de Oriente, tres Ejércitos capaces ellos solos de libertar a la América entera, si la América entera estuviese sometida al sanguinario imperio español?

Venezolanos, no temáis a las bandas de asesinos que infestan vuestras comarcas, y son los únicos que atacan vuestra libertad y gloria; pues el Dios de los ejércitos concede siempre la victoria a los que combaten por la justicia; y jamás protege largo tiempo a los opresores de la humanidad. Así todos los pueblos del mundo que han lidiado por la libertad, han exterminado al fin a sus tiranos.

Cuartel General *Libertador*, en San Mateo, 24 de marzo de 1814, 4º y 2º

SIMÓN BOLÍVAR

BOLETIN

DEL EJÉRCITO LIBERTADOR EN SAN MATEO, RELATIVO AL COMBATE DEL 25 DE MARZO DE 1814

Los movimientos del enemigo en la tarde del día de ayer, reuniendo en sus alturas todos sus destacamentos que tenía en Paya, Turmero y otros puntos, anunciaron al Libertador que debía verificar hoy su ataque. En efecto, al amanecer descendió una partida de infantería y caballería española, que, pasando por la derecha de este pueblo, marchó a atacar por la espalda al Calvario; al tiempo que a nuestra izquierda, bajando por el cerro que llaman de los *Cucharos*, media legua distante de nuestro centro, fueron a ocupar igualmente por la espalda *las alturas más elevadas* que dominan *la casa del Ingenio*, y por donde cargó la mayor parte de su fuerza de infantería y lanceros. Este fue el punto sobre el cual acometieron con más vigor los enemigos, que habiendo logrado entrar en él, pudo toda su caballería avanzar hacia nuestro centro por el camino de La Victoria; y se principió entonces un fuego vivo y general, pero el más obstinado. El empeño de los españoles por forzar nuestra ala derecha y centro, fue terrible. Una parte de su infantería de la casa del Ingenio por la altura de la espalda, combinada con su ala izquierda, que pasó por la derecha del pueblo, rompieron el fuego sobre nuestra ala derecha o posición del Calvario, mandada por el Teniente Coronel Ramón Ayala; y la otra parte con todo el grueso de su caballería y sus Cazadores, que se acercaron por la falda del cerro, vinieron con desesperación sobre el lado de nuestro centro que mira hacia el Ingenio. Pero si esta operación de los enemigos fue temeraria, la resistescia de nuestra línea fue la más esforzada. Dos piezas de artillería servidas maravillosamente y que mandaba el intrépido Coronel Lino de Clemente, le causaron un estrago espantoso, obligándole a huír precipitada-

mente por tres veces. El voluntario Camejo dirigió con audacia y acierto muchos tiros de metralla, hasta que fue gravemente herido. El fuego que había empezado a las ocho de la mañana, se sostuvo con la misma furia hasta las cinco de la tarde, en que los Capitanes Pedro Salias, Ignacio Luque, Antonio Carrillo y Miguel Borrás treparon valerosamente a las alturas que había ocupado el mismo Boves y que disputó tres veces perdiéndolas y tomándolas alternativamente; pero al fin fue destrozado y perseguido con encarnizamiento. Volvimos a ocupar la casa del Ingenio, haciendo multitud de prisioneros y tomando un gran número de fusiles y algunas municiones.

Esta operación fue dirigida al fin por el Mayor General interino de la izquierda Tomás Montilla. Un movimiento oportuno en este instante de la línea del centro a derecha e izquierda, decidió la victoria; y la caballería, los infantes y los lanceros españoles dispersos y envueltos por todas partes, huían velozmente, o cubrían con sus cadáveres el campo de batalla. El enemigo, que se había hecho fuerte en algunas casas del pueblo hacia nuestra derecha, fue expelido de ellas, pie a pie, por una partida de bravos infantes, a las órdenes del Teniente Coronel Ramón García de Sena, y en que se distinguió el Capitán de la Unión, Pedro Alcantara Mantilla, destinado a ejecutar esta operación, y que estaba aún enfermo de una herida en la acción del 28 del pasado. Así mismo es recomendable el entusiasmo del Capitán Pedro Salias, que perseveró en el fuego, no obstante haber recibido una contusión desde el principio del choque.

La pérdida del enemigo ha sido inmensa, pues sin contar los dispersos, ha tenido más de ochocientos hombres entre muertos y heridos. De los primeros lo han sido el Capitán de la Unión, *Ricaurte, que hizo solo frente al enemigo de nuestra ala izquierda, y que rodeado por todas partes, no pudiendo salvar los pertrechos, los incendió y voló con ellos para que no se aprovecharan los contrarios;* el Teniente Manuel Landaeta, de *Valerosos Cazadores*, que se batió en este día con el ardor que le ha distinguido en todos los combates; el Teniente Elguero, del primer Escuadrón; el Subteniente Calcaño, de *Valerosos Cazadores*, y el subteniente Atanasio Isturriaga, de

Defensores de Caracas. De los segundos, lo han sido: el benemérito Comandante de *Soberbios Dragones*, Mateo Salcedo, al desalojar a los enemigos de la altura más inexpugnable; el primer Edecán del Libertador, Capitán Rafael Páez; el Teniente Arráez, del 5º de la Unión; el Teniente Carreño, del tercer Escuadrón; el Ayudante Casanova y el Subteniente Núñez, de *Soberbios Dragones*; el Subteniente López, de *Defensores de Caracas*; los Subtenientes Longares y Brillet, de caballería, y el Ayudante Encinoso, de *Defensores de Caracas*, levemente.

En la referida casa del Ingenio se encontraron degollados por los enemigos en las pocas horas que la poseyeron, los hombres, mujeres y niños, hasta los recién nacidos (sic) que se habían refugiado en ella. No hay un soldado del Ejército que no lo haya visto y ha encendido en todos el deseo de vengar estas inocentes víctimas.

Jamás ha habido acción más reñida en Venezuela ni más fuerte para las armas de la República, pues debilitadas nuestras fuerzas con la división destinada al Tuy, eran muy inferiores a las españolas, principalmente en caballería; y por consecuencia no la ha habido más gloriosa, y tanto más cuanto que se ha destruído en ella al malvado Boves.

Cuartel General *Libertador* de San Mateo, marzo 25 de 1814—4º y 2º

Por el Mayor General,

ANTONIO MUÑOZ TOBAR,
Secretario de Guerra.

* * *

La estatua que en San Mateo se ha erigido a Ricaurte le representa en la imponente actitud de hacer fuego, y está situada, como dijimos antes, en la colina donde tuvo lugar el heroico acontecimiento.

Ese monumento tiene en sus cuatro frentes las siguientes inscripciones:

En el primero: «Antonio Ricaurte. Nació en la Villa de Leiva, en el Virreinato de la Nueva Granada, el 10 de Junio de 1786.»

En el segundo: «El Capitán Ricaurte hizo frente solo al enemigo, y no pudiendo salvar los pertrechos, los incendió y vólo con ellos.--Bolívar.»

En el tercero: «En San Mateo el Libertador dio tres batallas y siete combates a los ejércitos enemigos. En la última batalla, el 25 de marzo de 1814, *Ricaurte* sacrificó su vida y salvó la Patria.»

En el cuarto: «Erigido bajo la Presidencia del General Juan Vicente Gómez, en la celebración del Centenario de la Independencia Nacional.—1911.»

Señores:

Si Venezuela puede con justicia enorgullecerse de haber contado entre sus hijos al Napoleón sudamericano, puede levantar aun mucho más su voz para proclamar a la faz del mundo el nombre del soldado granadino que rivalizó en heroísmo con Leonidas y con Prat.

Santiago, 29 de octubre de 1913.

ISMAEL GAJARDO REYES

POR LA VERDAD HISTÓRICA

Destemplada la nota telegráfica que a su Cónsul en la «villa de Cúcuta» dirige el Canciller venezolano, señor Díaz Rodríguez. Como ya lo observó *El Liberal*, no es el lenguaje de esta nota, en verdad, el alto y sereno lenguaje que está obligado a hablar quien se encuentra dirigiendo la política internacional de su país.

Es aquella nota un desgraciado documento. Hay en ella un párrafo, sobre todo, de sugestivas remembranzas históricas, que el Canciller venezolano trae al debate por los cabellos, con admirable inoportunidad. Como también lo ha observado ya *El Nuevo Tiempo*, no se puede «repelar la historia.»

Dice el Canciller venezolano, como en són de reproche:

«Fueron los Miranda y los Bolívar, es decir, los venezolanos más ilustres, quienes crearon, glorificaron y eternizaron el nombre de Colombia, en el prestigio universal e inmarcesible de su genio.»

¿Qué ha querido decir con estas palabras el Canciller venezolano señor Díaz Rodríguez? A fe que es preci-

so sutilizar bastante para desentrañar sus intenciones.

¿Quiso decir que Venezuela fue madre fecunda de próceres insignes? Pues ha dicho algo perfectamente trivial. Eso nadie lo niega. Eso nadie lo discute. Eso no viene a cuento. Y si alguien lo negara, si alguien lo discutiera, si al caso viniese, bastaría al Canciller venezolano señor Díaz Rodríguez con citar a Bolívar, el genio epónimo.

¿O quiso decir que sólo sus paisanos fueron actores de primera línea en la grande epopeya? Entonces dijo un disparate histórico de pésimo gusto, desmentido cien veces por plumas venezolanas sapientísimas, Bolívar el primero; en seguida Sucre, Andrés Bello, Pedro Gual, José Rafael Revenga, Cristóbal de Mendoza, José Félix Blanco, Ramón Azpurúa, José de Austria, Aristides Rojas, Eduardo Blanco; y en la hora presente, por esa legión de escritores viriles, que se ocupan en hacer historia por los nuevos procedimientos de justicia, tolerancia y verdad: José Gil Fortoul, B. Tavera Acosta, Lino Duarte Level, Carlos Villanueva, Rufino Blanco Fombona.

El desventurado Miranda, Sucre, Piar, Mariño, Arismendi, Urdaneta, Bermúdez, el épico lancero de las Queseras del Medio, y a su lado, en segundo término, cuántos bravos capitanes, cuántos héroes dignos de Carlyle!... Pero, ¿fue su contingente el *decisivo* en la pugna inmortal? ¿Podrá su gloria, por grande que sea—y la admitimos tan grande como se quiera, eclipsar o siquiera empalidecer la gloria de los granadinos que se llamaron Nariño, Santander, Córdoba, Zea, Girardot, Ricaurte, para nombrar sólo, entre mil, seis de los nuestros?

Cuando todos los ámbitos eran oscuros y todos los elementos adversos a la independencia de Venezuela, ¿no fue la Nueva Granada, que ya gozaba de este bien inapreciable, a hacerla con el empuje irresistible de sus tercios y la sangre de sus mejores hijos? ¿La efigie augusta de Camilo Torres, alzada por la gratitud nacional en una plaza de Caracas, no lo está declarando así a todas horas, al Canciller venezolano señor Díaz Rodríguez?

¿Qué decir de los legendarios cuatrocientos mom-

posinos que *dieron la gloria* al Libertador? ¿Qué de esa juventud brillante que el Congreso de Tunja y el Gobierno de Santafé, abiertos en ese momento por desavenencias locales, se juntaron para enviar a órdenes de José Félix Rivas a emprender la campaña de 1813, que—al decir del historiador alemán Gerwinus—«figura al lado de las más atrevidas empresas militares que se hayan visto en Europa»; a vencer tropas aguerridas y numerosas, y lo que es peor, a luchar contra esos pardos e indios venezolanos, embrutecidos, adictos ciegamente al Rey, y que—según la amarga expresión de Bolívar—*no querían ser libres?*

Vienen muy bien aquí las siguientes rotundas palabras de Ismael López, que veremos si intentan refutar los que piensan como el Canciller venezolano señor Díaz Rodríguez:

«Es necesario recordar que un granadino, Francisco de Paula Santander, hizo en Venezuela, en 1817, la campaña de Guayana, y en 1818, como Jefe de Estado Mayor General, la campaña contra Caracas; que en ese mismo año fue ascendido a General de Brigada; que se batió heroicamente en el fuerte Brión, Calabozo, El Sombrero, La Puerta, Ortiz y Rincón de los Toros, en tierra venezolana; que en 1819 alentó a Bolívar al paso de los Andes y mandó la vanguardia del Ejército Libertador que entró a la Nueva Granada; que en las Termópilas de Paya abrió el camino hasta Boyacá, de tal suerte que el historiador venezolano Duarte Level confiesa que sin el triunfo de Paya *Bolívar no habría podido pasar adelante*, y que fue Santander quien, con una carga por la izquierda, consumó el 7 de agosto la derrota del Ejército realista en Boyacá; que otro granadino, Atanasio Girardot, mandó también la vanguardia del Ejército Libertador que en 1813 entró a Venezuela, hasta caer gloriosamente atravesado a balazos en tierra venezolana; que otro granadino, Hermógenes Maza, fue ascendido a Teniente Coronel, en 1814, en el campo de batalla de La Victoria, una de las acciones de armas dirigidas por José Félix Rivas, de que más se enorgullecen, con razón en Venezuela; que ese mismo Maza defendió, en ese año, como Gobernador de la plaza, la ciudad de Caracas contra las feroces huestes de Boves, y que más tarde se batió como un león en Tenerife; que

otro granadino, el General Joaquín Ricaurte, fue segundo Jefe en el sitio de Valencia, en 1814; que otro granadino, José Hilario López, fue Gobernador político y militar de la Provincia de Valencia, después de Carabobo, y luego Comandante General de los valles de Aragua; que otro granadino, el General Ucrós, hizo en Venezuela las sangrientas campañas de 1816, 17 y 18, distinguiéndose entre los primeros por su arrojo y su disciplina; que otro granadino, Luciano D'Elhuyart, siendo apenas Coronel, fue Jefe del sitio de Puerto Cabello, en 1814; que otro granadino, Pedro Alcántara Herrán, el húsar de Ayacucho, como lo llamó el Mariscal, fue el Jefe del tercer Regimiento de Húsares de Junín, cuyo sólo nombre evoca hazañas legendarias; que otro granadino, Francisco de Paula Vélez, era el Jefe del famoso Batallón *Granaderos* en la batalla de Carabobo, que libertó a Venezuela; que otro granadino, José Padilla, peleó en Trafalgar contra Nelson, y más tarde, en julio de 1823, en Maracaibo, donde trazó el Almirante colombiano una de las páginas más heroicas de la historia de todos los tiempos; que otros granadinos, el Teniente Coronel Pablo Silvestre y los Comandantes Pablo Agüero y Gregorio Angel, los Coroneles Rafael Prada, José Ramón Santos y Juan Ignacio Trujillo, y los Comandantes Aquilino Rendón y Andrés Quijano, quedaron tendidos, gloriosamente, los primeros en La Puerta, y los segundos en Urica, aplastados por Boves en los días más trágicos de la guerra a muerte; que otro granadino, José María Córdoba, militó con Páez en Apure, fue ascendido a Coronel en Boyacá, a General de Brigada en Pichincha, a los veintidós años, y a General de División en Ayacucho, siendo entonces el General más joven de la República; que otro granadino, Miguel Cabal, compró con su vida, el 28 de marzo de 1811, la victoria de Palacé, la primera batalla libertadora librada en Colombia, y su hermano José María Cabal desbarató a los españoles en El Palo, el 5 de julio 1815. Por último, un granadino, Antonio Ricaurte, legó a la posteridad la más heroica página de la epopeya, y una Compañía de Cazadores del Cauca decidió, en febrero de 1829, la batalla de Tarqui.

«De los setenta y ocho Generales efectivos de

Brigada, División y en Jefe de la Gran Colombia, inclusive los de la antigua Cundinamarca, la mitad, es decir, treinta y nueve, fueron granadinos.»

¿Para qué seguir? ¿Será oportuno—y más desde la alta tribuna de la Cancillería de Miraflores—provocar rivalidades odiosas en esta gloriosa herencia común de colombianos y venezolanos? No repelemos la historia; no suscitemos controversias sin objeto. Grande fue Venezuela en la guerra de Independencia. Grande lo fue también, y en grado sumo, la Nueva Granada. ¿Para qué pedir la partición de esa herencia?

Y como de parcial tendría que tacharse nuestro concepto y el concepto de historiadores y publicistas colombianos—por veraces, probos y desapasionados que ellos fuesen—a la agresiva remembranza del Canciller venezolano señor Díaz Rodríguez, podríamos responder con un volumen entero de citas de autoridades venezolanas, ilustres por su ciencia y por su acrisolado patriotismo. Pero no es el caso. Va ya demasiado largo este escrito para las columnas siempre estrechas de un diario. Cerraremos, pues, con algunas palabras de Bolívar, tomadas al acaso.

¿Será parcial el Libertador? ¡Quién sabe! Bolívar amó a Colombia como a su hija predilecta. ¿Y por qué? Blanco Fombona nos lo dice: «De todos los pueblos a que dio sér Bolívar, aquel que mejor lo ha comprendido, estudiado y honrado es, acaso, la antigua Nueva Granada, heredera del nombre ilustre de Colombia. La razón es obvia: para juzgar a un espíritu tan alto como el de Bolívar se necesitaba de hombres de estudio y de pensamiento, en que siempre abundó, más que pueblo alguno de América, la actual República de Colombia.»

Habla el Libertador:

«El honor de la Nueva Granada exige imperiosamente escarmentar a esos osados invasores, persiguiéndolos hasta sus últimos atrincheramientos. Su gloria depende de tomar a su cargo la empresa de marchar a Venezuela a libertar la cuna de la independencia colombiana, sus mártires y aquel benemérito pueblo caraqueño, cuyos clamores sólo se dirigen a sus

amados compatriotas los granadinos, que ellos aguardan con una mortal impaciencia, como a sus redentores. Corramos a romper las cadenas de aquellas víctimas que gimen en las mazmorras, siempre esperando su salvación de vosotros; no burléis su confianza; no seáis insensibles a los lamentos de vuestros hermanos. Id veloces a vengar al muerto, a dar vida al moribundo, soltura al oprimido y libertad a todos.»

(Cartagena, diciembre 15 de 1812).

«Doy a Vuestra Excelencia (el Presidente de Cundinamarca) las más encarecidas y sinceras gracias por la honra que me hace en su comunicación y por los auxilios que la esclarecida generosidad de Vuestra Excelencia ha tenido a bien mandar en favor de la República de Venezuela, mi patria, que bien pronto contará el glorioso nombre de Vuestra Excelencia entre los de sus más ilustres bienhechores.

«¡Oh! qué bello espectáculo se presenta, señor Presidente, sobre el teatro del Nuevo Mundo que va a ver una lucha quizá singular en la Historia: ver, digo, concurrir espontánea y simultáneamente a todos los pueblos de la Nueva Granada al restablecimiento, libertad e independencia de la extinguida República de Venezuela, sin otro estímulo que la humanidad, sin más ambición que la de la gloria de romper las cadenas que arrastran sus compatriotas, y sin más esperanza que el premio que da la virtud a los héroes que combaten por la razón y la justicia.»

(Cúcuta, mayo 10 de 1813).

«Venezolanos: vuestro júbilo es igual a la grandeza del bien que acabáis de recibir; y aunque éste es superior a todos los sentimientos que puede inspirar la Naturaleza, lo iguala el que experimenta mi alma, siendo el instrumento de vuestra redención y recibéndola yo también, como hijo de Venezuela, de mis compañeros de armas, los ínclitos soldados de Cartagena y de la Unión.»

(San Antonio, marzo 1º de 1813).

«Vuestro valor ha salvado la Patria, surcando los caudalosos ríos del Magdalena y del Zulia; transitando por los páramos y las montañas; atravesando los desiertos; arrostrándolo todo entre la sed, el hambre y la vigilia; tomando las fortalezas de Tenerife, Guamal, Banco y puerto de Ocaña; combatiendo en los campos de Chiriguaná, Alto de la Aguada, San Cayetano y Cúcuta; reconquistando cien lugares, cinco villas y seis ciudades en las Provincias de Santa Marta y de Pamplona.

«Yo, que he tenido la honra de combatir a vuestro lado (continúa dirigiéndose a los soldados colombianos), conozco los sentimientos magnánimos que os animan en favor de vuestros hermanos esclavizados, a quienes pueden únicamente dar salud, vida y libertad vuestros temibles brazos y vuestros pechos agueridos. El solo brillo de vuestras armas invictas hará desaparecer en los campos de Venezuela las bandas españolas, como se disipan las tinieblas delante de los rayos del cielo.»

(San Antonio, mayo 13 de 1813).

«Por fin, compatriotas míos, nuestra República acaba de renacer con los auspicios del Congreso de la Nueva Granada, nuestra auxiliadora, que ha enviado sus ejércitos, no a daros leyes, sino a restablecer las vuestras, extinguidas por la irrupción de los bárbaros, que envolvió en el caos, la confusión y la muerte los Estados Soberanos de Venezuela, que hoy existen nuevamente libres e independientes y colocados en la categoría de nación. Esta es, caraqueños, mi misión: aceptad con gratitud los heroicos sacrificios que han hecho por vuestra salud mis compañeros de armas, que al daros la libertad se han cubierto de una gloria inmortal.»

(Caracas, agosto 8 de 1813).

«Hermosas palabras de verdad y de justicia éstas de Bolívar, que colombianos y venezolanos han recogido y guardado con cariño. Es nuestra historia una sola, y una sola, indivisible, la gloria «universal e inmarcesible» de esa historia. Por encima de gárrulas

declamaciones y de rencillas parroquiales, juntos han de marchar hacia el futuro los dos pueblos hermanos, como juntos llevaron sus legiones libertadoras hasta la cumbre nevada de los Andes.

FABIO LOZANO Y LOZANO

Marzo 13 de 1914.



JUAN SALIAS

Escribir la historia de los Salias es como hacer un recuerdo de casi toda la de la Independencia de Venezuela.

Abrimos los anales de 1808, después de los acontecimientos de España, y hallamos a lo más apuesto y aristocrático de la juventud de Santiago de León de Caracas, que en torno a la idea de la revolución se reúne en la Casa de la Misericordia, en la del Regidor Rivas, en la quinta de Bolívar, a orillas del Guaire, en la casa de los Salias, situada en la plaza de San Carlos y que hoy lleva aquel nombre, y en otros puntos, acercados por la unidad de pensamiento en la suerte de la Patria.

Allí se oye la voz del Marqués del Toro y la de sus hermanos don Fernando y don José Ignacio; la de don Simón y la de don Juan Vicente de Bolívar; la de los hijos del Conde de Tobar; la de los Rivas; la de los Salias y la de muchos más. Fue aquel, según dice el historiador español Díaz, «un centenar de jóvenes turbulentos que trastornó la política de una parte del mundo» (1). Entonces fue cuando los Salias iniciaron su lucha en favor de la libertad de Venezuela.

Don Francisco de Salias y doña Margarita Sanaja fueron los padres de estos próceres. Ambos alcanzaban ya para aquella época una avanzada edad, pero tenían joven el corazón para amar a la Patria y seis hijos que le entregaron para que se sacrificaran por ella. Doña Margarita «descollaba al frente de los

(1) *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, por J. Domingo Díaz. Madrid, 1829.

noveles políticos». «Una matrona llena de gracia, inspirada, de palabra fácil y orgullosa de poder decir como Cornelia: *mis tesoros son mis hijos*» (1), y quien a la vuelta de aquellos años en que Venezuela fecundizó su suelo con sangre de patriotas, debía salir por orden del Gobierno español para el destierro, acompañada de su hijo Mariano.

Llegó el 19 de abril de 1810, y fue autor de uno de los incidentes de aquel día memorable Francisco Salias, el mayor de los hermanos, quien apenas contaba veinticinco años.

Don Francisco de Emparán y Orbe, Capitán General de Venezuela, había creado «con sus actos de irritante tiranía» una situación anormal, lo que agregado a las noticias llegadas de España sobre la invasión francesa, obligó a los caraqueños a deponerlo del mando, lo cual se verificó el 19 de abril. Mas ese movimiento no fue de independencia «sino la obra del Cabildo con la aprobación de la sociedad y pueblo capitolinos, sin propósito de declarar la independencia de Venezuela, sino para derrocar al Capitán General, desconocer el Gobierno de la Regencia, establecido en Cádiz, y dar a todos los vientos las protestas de su lealtad al Rey» (2).

En la mañana de aquel día salía del Ayuntamiento para la Catedral el Capitán Emparán, cuando de enmedio de los descontentos, que se hallaban en la plaza, salió Francisco y en la puerta del templo lo detuvo y lo obligó a ir al Cabildo, porque el pueblo lo pedía. Emparán accedió, y «con un desprendimiento que hace honor a su hombría de bien, o despechado, según la mayor parte de nuestros historiadores, resignó el mando con la mayor serenidad» (3).

Se inició desde entonces Francisco en la revolución. En 1811 y 1812 fue Edecán de Miranda, de quien, con Simón Bolívar, mereció cumplidos elogios después de la toma de Valencia, en aquel año; ellos dos fueron quienes llevaron a Caracas la noticia de ese

(1) Arístides Rojas. *Leyendas históricas de Venezuela*, tomo II. *Los hermanos Salias*.

(2) Tavera Acosta. *A través de la historia de Venezuela*. Tomo 1º, página 167.

(3) Tavera Acosta. Obra citada, página 163.

triumfo (1). Sufrió el presidio en las bóvedas de Puerto Cabello en 1812 y 1813; acompañó al Libertador más tarde, y alcanzó a ser Comandante de sus fuerzas. En los primeros meses de 1813 se hallaba preso en Valencia; su padre, enfermo en Caracas, nada podía hacer por él; pero doña Margarita se encaminó entonces desde aquella ciudad, en viaje de treinta y siete leguas, a pie, a defenderlo de los tribunales realistas. La Real Audiencia lo puso en libertad el 9 de junio, mediante una fianza y gracias a los servicios que le prestó el doctor Peña (2). Seis días después se decretó la guerra a muerte. En 1829 vivía aún. En el monumento del *19 de abril*, que hoy se levanta en Caracas, en la plaza de Salias, aparece este prócer en actitud de quitar a Emparán el bastón de mando y Madariaga de indicar al pueblo que desconozca al Capitán General.

*
* *

Si hojearnos los orígenes de la diplomacia venezolana encontramos el nombre de otro Salias: Vicente.

La «Junta conservadora de los derechos de Fernando VII,» establecida en Caracas el 25 de abril de 1810, envió Comisiones a Europa, a la Nueva Granada y a las Antillas; para éstas fueron nombrados Mariano Montilla y Vicente Salias. Llevaban el encargo de participar el cambio de Gobierno de su Patria, de traer elementos de guerra y de iniciar relaciones con Venezuela.

«Vicente—dice don Aristides Rojas,—con su espíritu epigramático, con su palabra acentuada, era la parte etérea de aquella familia de patricios; siempre con la cabeza erguida; siempre con la sonrisa en los labios, ésta precursora del chiste y de la bella frase en los espíritus superiores.» Fue médico, poeta, periodista y mártir; cantó en sentidas elegías las desgracias de Quito en 1810; compuso los primeros himnos de su Patria; fue redactor de varios periódicos.

(1) *Gaceta de Caracas*. 1811.

(2) Expediente original. Caracas.

cos, principalmente de la *Gaceta de Caracas*; no aceptó puestos ni honores militares; decía a Miranda en carta de 1º de mayo de 1812: «Acaba de ofrecermé Talavera un grado militar; pero yo nada quiero sino servir en los mismos términos que hasta aquí, a mi Patria, siguiendo las órdenes y disposiciones de usted» (1).

Los desgraciados acontecimientos de 1814 lo obligaron a tomar un vapor en la Guaira y seguir en dirección a las Antillas, pero en el tránsito fue aprehendido por Boves, llevado al castillo de Puerto Cabello y fusilado con varios compañeros de prisión (2).

*
* *

Durante la guerra a muerte (1814) Bolívar con sus tropas se ve precisado a retirarse al oriente de Venezuela, perseguido por los españoles. Estableció su cuartel general en Aragua, plaza que hizo fortificar; formó un batallón de 800 hombres, compuesto en su mayor parte de jóvenes de Caracas que lo habían acompañado en aquella infausta retirada, y nombró Comandante de ese Cuerpo a Pedro Salias, hermano de los anteriores. En el horroroso combate de aquel sitio «todo el Batallón *Caracas* quedó tendido, desde Salias hasta el último soldado» (3).

Anteriormente se había hallado en el combate de San Mateo el 25 de marzo de 1814, tan memorable para Colombia por haberse señalado con el sacrificio de Antonio Ricaurte. En el *Boletín del Ejército Libertador*, relativo a aquel hecho de armas, dice:

«El fuego, que había comenzado a las ocho de la mañana, se sostuvo con la misma furia hasta las cinco de la tarde, en que los Capitanes Pedro Salias, Ignacio Luque, Antonio Carrillo y Miguel Borrás treparon valerosamente a las alturas que había ocupado el mismo Boves y que disputó tres veces perdiéndolas y tomándolas alternativamente; pero al fin fue derrotado y perseguido con encarnizamiento.»

(1) *El General Miranda* por el Marqués de Rojas. *Cartas de Vicente Salias*.

(2) A. Rojas, obra citada.

(3) J. D. Díaz, obra citada.

Y más adelante dice:

« Así mismo es recomendable el entusiasmo del Capitán Pedro Salias, que perseveró en el fuego no obstante haber recibido una contusión desde el principio del choque.»

Mariano, uno de los menores de la familia, acompañó a doña Margarita en su ostracismo, y murió en 1850, y Carlos, el de más corta edad, en la emigración del año 14 se unió a las tropas de Bermúdez; hizo la campaña del Magdalena en 1821, y se encontró en la batalla de Carabobo, del mismo año, de alta importancia para la independencia de Venezuela, según consta en la lista de Oficiales subalternos publicada en el interesante folleto sobre dicha acción de guerra, de que es autor el General Landaeta Rosales. Carlos fue el único que alcanzó larga edad.

*
* *

De todos los Salias alguno debía venir a la Nueva Granada, ya que los auxilios de Venezuela a nuestra Patria fueron en la revolución interesantes y oportunos, de la misma manera que lo fueron los nuestros para ellos en repetidas ocasiones.

Tocó esta suerte a Juan, también muy joven, y quien por la circunstancia de su corta y accidentada vida debía quedar unido estrechamente a la memoria colombiana, ya por lazos de familia, inspiradores de estas páginas, como por ser esta la tierra donde debía recibir la muerte de manos de los soldados de Morillo.

Fue de los iniciadores del movimiento del 19 de abril; así figura en la lista formada y publicada en Madrid por el autor español Díaz, citado ya varias veces (1).

Bolívar había anunciado, a su regreso de Inglaterra, que Miranda vendría a Venezuela. En efecto, el 13 de diciembre de 1810 llegó éste a Caracas, traído desde La Guaira en medio de las aclamaciones de los pa-

(1) En dicha lista aparece Mariano como ahorcado, lo que es sin duda una equivocación de nombres. Véase *El Cojo Ilustrado* de Caracas, número 440, abril 5 de 1910.

triotas. Al siguiente año fue Director, con Francisco Espejo, de la *Sociedad Patriótica*, organizada desde el año anterior y que era el foco de las nuevas ideas.

A su lado figuraron desde entonces los Salias. Don Aristides Rojas dice sobre este punto:

«En estos días fue cuando la familia Salias hubo de estrechar amistad con el Generalísimo. Durante la estada de éste en España había tratado con alguien de la parentela de aquélla. Así fue que al llegar a Caracas quiso conocerla. Por otra parte, el padre de los hermanos Salias, don Francisco, muerto al finalizar el último siglo, era español de buenos quilates (1).

«La familia Salias y Miranda constituyeron un lazo de intereses políticos y sociales. En Vicente, Miranda había encontrado uno de los caracteres más simpáticos de la revolución; en sus hermanos, el sentimiento de la Patria llevado al sacrificio. No pasó mucho tiempo sin que cada uno ocupara el puesto que le indicaba el deber y recibiera por galardón la muerte, la victoria o el ostracismo.»

Lazo de intereses políticos y sociales, efectivamente. Todos ellos lo acompañaron de diferentes modos: Juan fue su Edecán, y ya veremos en qué luctuosos días para el Generalísimo. Basta leer las cartas de Vicente en la obra del Marqués de Rojas, citada ya, para apreciar cómo eran ellos de los principales Jefes que lo acompañaron hasta su caída, cual correspondía a sus antecedentes de auténticos patriotas.

En carta fechada en Caracas el 22 de mayo de 1812, dice Vicente a Miranda:

«Mi familia ha visto con placer que Juancito llena los deberes de soldado de la Patria; se acuerda de usted siempre con ternura y entusiasmo, y yo quedo como siempre su más apasionado amigo, .

« V. SALIAS »

Era pues un niño apenas, y ya había comenzado su carrera en las armas.

(1) Según recientes investigaciones del erudito historiador venezolano Landaeta Rosales, en 1813 aún existía don Francisco.

Cuando en 1812 estuvo Miranda en Caracas, tomó a su lado a este prócer para que lo acompañara como Edecán, y en tal carácter lo siguió en su regreso a La Victoria, y peleó bajo sus órdenes en Guaica el 12 de junio.

En La Victoria, y con motivo de la ausencia de Miranda, corrían en el Ejército rumores de una conspiración para deponerlo del mando; mas no faltaron los leales que dieran el denuncia de esos hechos que se tramaban en la sombra; se creyó que el Edecán Salias fue quien puso en conocimiento del Generalísimo dichas conjeturas, mas no se pudo saber si esto fue cierto (1). Lo evidente fue que Juan figuró en el cortísimo número de los amigos que entonces tenía Miranda, «aquel Nazareno que no detuvo la cansada planta en el camino del bien, y que llegó a la meta herido por los abrojos y coronado de espinas.»

Desaparecido Miranda de la escena de la revolución, los Salias siguieron las campañas al lado de Bolívar. En 1813 y 1814 fue cruda la lucha; Juan peleó en las siguientes acciones de guerra: Barquisimeto, desgraciada para los patriotas (10 de noviembre de 1813); Araure (4 de diciembre de 1813); La Victoria (12 de febrero de 1814), donde fue herido (2), y Carabobo (26 de mayo de 1814).

El 29 de julio de este último año emprendió el General Urdaneta su retirada desde la villa de San Carlos hasta Trujillo, obligado por la pérdida de la batalla de La Puerta y el subsecuente sitio de Valencia por Boves. Encontramos a Juan Salias que ha seguido a Urdaneta, y en Trujillo, donde reunió este Jefe toda su División y la separó en tres batallones, ha quedado bajo su mando, junto con Domingo Mesa, el Batallón de *La Guaira*. También se organizaron el *Caracas* y el *Barlovento*.

Desde allí se dirigió Urdaneta al Congreso de Cundinamarca manifestándole cuál era entonces la situación de Venezuela, ofreciendo plegarse sobre los

(1) Blanco y Azpurúa. *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*. Tomo IV, página 30.

(2) Parte oficial de la batalla, firmado por el General Rivas. Véase *El Universal* de Caracas, número 1681, de 7 de febrero de 1914, publicado por Landaeta Rosales.

valles de Cúcuta, como en efecto lo hizo, y ponerse a sus órdenes.

Después de la derrota de Macuchies llegó a esa ciudad el 1º de octubre de 1814. Entretanto la Nueva Granada atravesaba una crítica situación. La división entre los varios Estados y la guerra civil hacían temer mayores males, y sobre todo, no queriendo el Dictador Alvarez entrar en la Confederación, era imposible la defensa común contra los realistas.

El Congreso resolvió llamar en su auxilio a Urdaneta y obligar por la fuerza a ceder a Alvarez. Las tropas organizadas en Trujillo se movieron hacia Santafé el 8 de noviembre; a éstas se unieron más tarde las del Ejército del Norte, de García Rovira, y Bolívar fue nombrado Jefe de la expedición.

El Dictador Alvarez no quiso aceptar las propuestas de paz que se le hicieron, sino que prefirió la guerra. Las tropas de Tunja se componían de 1,300 soldados y de 500 hombres de caballería. En la hacienda del *Techo* estableció Bolívar su cuartel general, y allí resolvió poner sitio a Santafé, acción donde Juan Salias debía revelar su mérito y valor.

En el *Boletín del Ejército destinado sobre Santafé*, número 3, del 10 de diciembre de 1814, se encuentran en los partes del Mayor Carabaño los siguientes datos:

«A las tres de la tarde los soberbios *Dragones de Caracas* y una Compañía de *Cazadores* al mando del Capitán Juan de Salias, ocuparon las inmediaciones de la batería de San Victorino, bajo el horroroso fuego de su artillería, y a las oraciones ya estaba establecida la línea de circunvalación de este punto a todos los indicados.»

Y en el *Boletín* número 4 de 11 de diciembre:

«A las seis de la mañana se mandó estrechar la línea, y a esta hora, que son las diez, ya están reducidos los sitiados a la plaza, habiéndose tomado la batería los soberbios *Dragones de Caracas*, la *Caballería de Lanceros* y los *Cazadores* del Capitán Salias, todos al mando del Coronel Servies.

«El valor de los Jefes, Oficialidad y tropas ha sido incomparable, y todos, principalmente los *Cazadores*

(de Salias), han hecho aún más de lo que les ha correspondido» (1).

El 11 también tuvo lugar un incidente que anota don José Manuel Groot: durante las conferencias que se verificaron ese día para llegar a un convenio, se hallaba Bolívar en casa de don José María Lozano, cuando vinieron a avisarle «que una partida de gente mandado por Ventura Ahumada había lanceado en un zaguán al Coronel Salias, quebrantando así la suspensión de las hostilidades (2). Bolívar se exaltó furiosamente, agrega el señor Groot, y ya daba las órdenes para atacar la plaza por todas cuatro esquinas, cuando los sujetos que estaban detenidos en rehenes lograron calmarle haciéndole presente que aquello no podía atribuirse al Gobierno sino al desorden con que obraba su gente.»

Desde diciembre permaneció el Libertador en Santafé y en Tunja, y en los días 20 y 21 de enero de 1815 salió con los Batallones *Barlovento*, *Caracas* y *Guaira*, y el escuadrón *Dragones*, en dirección a la Costa Atlántica, pues había sido nombrado para dirigir la expedición sobre Santa Marta, donde las revueltas civiles amenazaban seriamente. Tocó a Juan Salias seguir a Bolívar en aquellos últimos días de la permanencia de éste en la Nueva Granada, antes de pasar a las Antillas.

En Cartagena la política contra la persona del Libertador, encabezada por Castillo, hizo fracasar dicha expedición y produjo incalculables males. Bolívar resolvió reunir una Junta de Guerra, como lo hizo en Turbaco el 25 de marzo, para renunciar la autoridad que en Santafé se le había dado. A dicha Junta asistió Salias como Sargento Mayor del Batallón de *La Guaira*, y firmó el acta que allí se levantó, según la cual no se aceptaba la renuncia al Libertador y se resolvía poner sitio a Cartagena (3).

A fines del mismo mes se estableció el Ejército del Norte al pie de la Popa. Salias sirvió entonces

(1) O'Leary. *Memorias*, tomo XVIII, páginas 570 y 571.

(2) J. M. Groot. *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada*. Capítulo 59.

(3) O'Leary. *Memorias*. Tomo XIV, página 216.

como Ayudante del Mayor General Carabaño, según consta en el *Diario de Operaciones* llevado entonces (1). Lo acompañó en la acción del 7 de abril en San Estanislao, donde batieron con solo diez fusiles del Batallón de *La Guaira* a más de trescientos enemigos.

El día 12 de dicho mes recibió noticia el Libertador, desde Sipacoa, de que había caído preso Salias junto con el ingeniero Rivas, en manos de los facciosos de Villanueva.

Entonces llegó la noticia de la ocupación de Margarita por Morillo, de las ventajas obtenidas por los realistas en Ciénaga, y de la toma de Mompós y de Barranquilla, las cuales obligaron a los enemigos de Bolívar a entrar en una capitulación con éste, según la cual dejaba él el mando y se ponían sus tropas a órdenes de Florencio Palacio.

El Libertador siguió para Jamaica el 8 de mayo, y quedaron los soldados venezolanos disgustados bajo las autoridades de Cartagena. Se les hostilizó, se les llamó *hombres sin patria* y se les obligó a tomar diferentes rumbos.

No hemos hallado dato alguno preciso sobre la dirección que tomó Juan Salias inmediatamente después de estos acontecimientos. Suponemos que se vino para Santafé, pues el 28 de enero de 1816 contrajo matrimonio en esta ciudad con la señorita doña Mariana Calderón y Martínez (2). Ella era hija de don Manuel Calderón y de doña María Rosalía Martínez; don Manuel era oriundo de Tunja, hijo de don Juan Calderón de la Barca y de doña Antonia Leal, y doña Rosalía lo era de esta ciudad, hija de don Francisco

(1) O'Leary. *Memorias*, tomo XIV, página 216.

(2) En el libro de registros de matrimonios de la iglesia Catedral de Bogotá (1764—1835), se encuentra en la página 662 la partida que dice :

«En Santafé, a 28 de enero de 1816, habiéndose dispensado por el señor Provisor y Gobernador de Arzobispado, doctor don Domingo Duquesne, las tres proclamas prevenidas por el Santo Concilio de Trento, el señor Arcediano de esta santa iglesia presenció y autorizó el matrimonio que contrajo *in facie ecclesie* don Juan Salias con doña Mariana Calderón. El primero, hijo legítimo de don Francisco Salias y de doña Margarita Sanoja, naturales de Caracas, y la segunda, hija legítima de don Manuel Calderón y de doña Rosalía Martínez, de esta ciudad. Fueron padrinos don Vicente Lesuna y doña Rosa Rojas Lorión, y otros. Lo que doy fe. Doctor *Pablo F. Plata.*»

Nepomuceno Martínez y de doña Micaela Rincón (1).

Don Manuel había desempeñado algunos cargos desde 1810, y fue partidario entusiasta de Bolívar desde 1814 (2); firmó el acta levantada en Bogotá el 9 de septiembre de 1819 por el Gobernador Político don José Tiburcio Echeverría, con el fin de organizar una festividad en honor de los vencedores de Boyacá (3). Fue padre del distinguido doctor Pablo Agustín Calderón, colegial de San Bartolomé, del que más tarde fue Rector, Cura de Guayatá, Congresista repetidas veces, etc., etc.

A mediados del infausto año de 1816 se vio Salias obligado a emigrar a Casanare, penosa retirada en que lo acompañó con insuperable bondad y resignación su esposa. Los patriotas eran entonces perseguidos a muerte. Atravesaba Salias el río Meta, cuando fue apresado por las fuerzas realistas, junto con varios compañeros. Conducidos a Pore, el 25 de octubre fue fusilado, casi a la vista de su desgraciada compañera, por la División al mando del Jefe Matías D'Escuté. Aquel mismo día fueron sacrificados el doctor Frutos Joaquín Gutiérrez y otros distinguidos patriotas.

En la *Relación de las principales cabezas de la rebelión de este Nuevo Reino de Granada, que después de formados los procesos han sufrido por sus delitos la pena capital*, dice:

« En Pore, el 25 de octubre de 1816 :

« Juan Salias, era Sargento Mayor del Batallón de *La Guaira*, acérrimo por la independencia; se batió contra las tropas del Rey en Araure, Carabobo, Barquisimeto y Guaica. Fue pasado por las armas y confiscados sus bienes » (4).

(1) Datos tomados de la partida de matrimonio de don Manuel con doña Rosalía, en el libro de registros de la Catedral de Bogotá, (1780--1830), página 121, y del décimo de bautizos de la parroquia de San Víctorino, página 43.

(2) *Biografía del doctor Pablo Agustín Calderón*. Bogotá 1892.

(3) J. M. Groot. *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada*, tomo IV. Apéndice, página VII.

(4) También hemos hallado estos datos en un expediente original que poseemos, levantado por don Braulio Medina en 1824, en Santafé, para certificar los servicios a la Independencia y fusilamiento de Salias, expediente firmado por Osio, Piñango y Arvelo, notables venezolanos residentes en ese año en esta ciudad.

El fusilamiento de Salias fue ejemplar. Morillo dice a La Torre:

«El clérigo Osio debe sufrir una muerte igual a la de Olmedilla y Salias» (1).

La viuda de Salias tuvo entonces que emprender regreso a Santafé a unirse con su familia. Después de incomparables penalidades sufridas en el viaje, llegó a Tunja, adonde había ido su padre a recibirla. Más tarde contrajo segundas nupcias con don Braulio Medina y Camacho, en la población de Guayatá, adonde había ido ella en compañía de su hermano el doctor Calderón, nombrado Cura de ese lugar, cuya fundación era reciente.

El segundo esposo de doña Mariana era hijo de don Narciso Medina y de doña Petronila Camacho, y había sido también patriota; en 1816, cuando la sublevación de los Almeidas, fue de los encabezadores de ese temerario alzamiento que tanta sangre y tanta riqueza costó al Valle de Tensa. A don Narciso le impuso el Gobierno realista multas exorbitantes, y a su hijo don Braulio lo condenó a servir en las filas españolas como soldado. Mas le fue imposible someterse a semejante pena; pocos días después huyó de los cuarteles enemigos, y permaneció oculto en el Valle durante largo tiempo para escapar de la persecución de los pacificadores (2).

Don Juan de Salias y Sanoja fue pues un militar valeroso; un joven brillante, cultivado con esmero en la sociedad de Caracas e inspirado por una madre incomparable; entusiasta por las nuevas ideas, que al lado de Miranda y de Bolívar se batió muchas veces en las pampas venezolanas, y que venido a la Nueva Granada nos legó su nombre como el de uno de los mártires de nuestra libertad.

NICOLÁS GARCÍA SAMUDIO

Bogotá, 1914.

(1) *Gaceta de la ciudad de Bogotá*, número 33, 1820.

(2) *Biografía del doctor Pablo Agustín Calderón*. Bogotá, 1892.

BIBLIOGRAFIA BOGOTANA

1791

RUIZ DE LEON (FRANCISCO)

Mirra Dulce | para aliento de Pecadores. | Recogida | en los amargos Lirios del Calvario. | Consideraciones piadosas de los acerbos dolores | de María Santísima | Señora y Madre Nuestra | al pie de la Cruz. | Para agradecer de sus beneficios, | acompañada de sus penas, | e impenetrar su intercesión para una buena muerte. | Recopiladas en tiernos afectos métricos | para mayor facilidad de la memoria. | Por D. Francisco Ruiz de León. | A instancias de un devoto. | Primera edición (filete) con superior permiso: En Santafe de Bogotá: | Por D. Antonio Espinosa de los Monteros | MDCCXCI (Entre un marco de adornos).

8.º—Páginas xx—111—y luego en números romanos sigue la paginación cxii y cxiii.

Censura del doctor Agustín Manuel de Alarcón, fecha 19 de julio de 1790. Licencia del Provisor doctor Miguel José de Masústegui, de 30 de julio de 1790. Aprobación del P. F. Raymundo Acero, franciscano, a 2 de septiembre de 1790. Licencia del Virrey Ezpeleta, de 3 de septiembre de 1790.

Existe en la Biblioteca Nacional, salón de obras americanas, xv—49, pero le falta la portada. Posee un ejemplar el doctor Ibáñez, y de él hemos tomado el título.

Escribió también el señor Ruiz otra obra:

El Pecador Arrepentido. Acto de contrición que compuso don Francisco Ruiz de León, hijo de la Nueva España, que también es autor de la *Hernandía* y del poema músico intitulado *Mirra Dulce*, 1801, 26 páginas. Se conserva manuscrita en la colección adicional a la nueva Biblioteca Pineda, Literatura, volumen 67. En el número 16 del *Papel Periódico*, que salió el 27 de mayo de 1791, hay este aviso:

«En la tienda de don Josef Andrés Montero de Paz, Calle Real segunda, frente a la iglesia de Santo Domingo, se vende una obra intitulada: *Mirra Dulce, para aliento de pecadores* etc. Su asunto, los Dolores de María Santísima, en un tomo en octavo, que consta de 330 décimas en ocho y medio pliegos. Su autor es el mismo del famoso poema intitulado *La Hernandía*; nueva edición ejecutada con la posible pulidez; su precio el de ocho reales.»

En el número 18, que salió el 10 de junio, habla extensivamente de esta obra y le tributa muchos elogios.

Trae las siguientes cartas que explican el origen de esta edición:

«CARTA DEL EDITOR: Muy señor mío: Entre los varios y selectos libros que dejó Vuestra Merced a su bajada a esa plaza en el almacén de don Silvestre Trillo, y después con motivo de su quedada en ella se mandó vender, me tocó por mi buena suerte comprar un manuscrito en octavo con este título: *Mirra Dulce para aliento de pecadores recogida en los amargos Lirios del Calvario: consideraciones piadosas recopiladas en tiernos afectos métricos, por don Francisco Ruiz de León a instancias de un devoto.*

«De este precioso librito, que consta de 330 décimas, he formado en consorcio de varios sujetos a quienes les he franqueado el más alto concepto; y deseoso de darlo a la estampa por el mucho fruto de sólida devoción que desde luego me prometo ha de producir en las almas su piadosa lectura, me he determinado a escribir a Vuestra Merced, con el fin de suplicarle se sirva participarme todas cuantas noticias le parezcan conducentes a satisfacer mi impaciente curiosidad acerca de la patria del autor, a quien contemplo por muy digno de enumerarse entre los más famosos poetas de primer orden antiguos y modernos, como también si es Vuestra Merced por ventura como sospecho, el devoto que le instó a la composición de este poema, y si no lo es, cómo o dónde adquirió Vuestra Merced esta exquisita alhaja, y por qué no se imprimió, pues juzgo que esta obra es inédita y que hasta ahora no ha visto la luz pública; y contemplándola acreedora de rigurosa justicia por todos títulos a que se imprima, he creído que no será desagradable al público dar en el prólogo una idea de la vida del autor o por lo menos las noticias pocas o muchas que en orden a ella, sus obras y profesión puedan adquirirse a imitación de lo que han practicado y practican en el día varios editores, cuyos ejemplares dejo de citar por obvios; pero valga por todos la erudita ilustración a la vida de Cervantes, impresa y reimpressa por la Real Academia Española en su magnífica edición del *Quijote*.

«Por tanto, y porque sé que el carácter de Vuestra Merced es la bondad, espero se tomará la molestia de instruirme en todos los particulares que dejo insinuados y que me mande cuanto fuere servido para tener el gusto de complacerle. Interin pido a Dios Nuestro Señor guarde la vida de Vuestra Merced muchos años. Santafé, 19 de diciembre de 1789. *Duplicada hoy 19 de febrero de 1790.* M. S. M. B. L. M. de Vuestra Merced, su siervo y capellán, *Diego Terán.*»

«Señor don Pedro Ferez de Madrid—Cartagena (1).

(1) El señor Madrid fue el padre de don José Fernández Madrid, ilustre prócer de nuestra Independencia.

«Respuesta. Muy señor mío: queda en mi poder el duplicado de la carta de Vuestra Merced, de 19 de diciembre del año anterior, y yo con la mortificación de no haber recibido su principal para contestarlo con todo mi gusto. Me complazco muy de veras de oír a Vuestra Merced el concepto que hace del manuscrito intitulado *Mirra Dulce*. También dejé entre mis libros otro manuscrito poético; a lo que me acuerdo era de idea colocar a Felipe v en la categoría de los héroes grandes, para lo que describe sus heroicas acciones, las compara y da superiores a los de otros monarcas, y sólo iguales a los héroes sagrados, que está en doce cantos. El autor de ambos manuscritos es don Francisco Ruiz de León, bien conocido por la *Hernandía*, en que cantó la conquista del Reino de Méjico. Como hace muchos años que se publicó esta obra, es regular que contenga las aprobaciones que darán cuantas noticias apetece Vuestra Merced del autor. Yo en mis primeros años lo conocí en la ciudad de Méjico, donde oí aplaudir su ingenio y buen gusto en la poesía, y que las personas de letras los distinguían por sus recomendables circunstancias.

«Habiéndome embarcado en el puerto de Veracruz para seguir viaje a los reinos de España, de resultas de dos arribadas me retiré a la villa de Orizava, no muy distante de dicho puerto, y en ella encontré a don Francisco Ruiz, que por su poca fortuna se había reducido a educar unos niños. Me quiso mostrar sus manuscritos y le pedí su copia con el ánimo de procurar en la Corte su impresión, para que su producto cediera en provecho de un sujeto tan benemérito. Los asuntos que me llevaron a la Corte y los del real servicio que trajeron a este reino no me dejaron cumplir mis deseos.

«No sé quien persuadió al autor que compnsiera el poema *Mirra Dulce*, ni he leído la *Hernandía*, ni tengo las noticias que Vuestra Merced desea de la patria, vida y demás que Vuestra Merced me recomienda. En obsequio de Vuestra Merced y por la inclinación que profeso a don Francisco Ruiz, escribiré en primera ocasión a Méjico para saber si dicho sujeto vive, y las particularidades que satisfagan los deseos de Vuestra Merced. He tenido la mayor satisfacción de ratificar a Vuestra Merced mi obediencia y deseos de su vida por muchos años. Cartagena, marzo 9de 790.

«P. D.—Si hallare en esta ciudad la *Hernandía* la dirigiré a Vuestra Merced. B. L. M. de Vuestra Merced. Su atento seguro servidor, *Pedro Fernández de Madrid*.»

Señor don Diego Terán--Santafé.

GARCIA (JOSE ANTONIO)

El autor del Kalendario avisa al público.

Con motivo de un error en su calendario fijó el señor García en las paredes de la ciudad un cartel, el cual está reproducido en el número 37 del *Papel Periódico*; dice así dicho periódico:

«*Advertencia.* El doctor don Antonio Joseph García de la Guardia nos ha pedido insertemos en el periódico el siguiente cartel, que fijó el día 10 del corriente en los puestos más públicos de esta ciudad:

«*El autor del Kalendario avisa al público que haciendo varios cálculos para observar el inmediato eclipse ha notado que por una inadvertencia puramente material, se colocó la luna llena de este mes el día 12, no siendo sino mañana 11, en cuya noche sucederá el eclipse a las mismas horas y con las mismas circunstancias con que se ha anunciado. Lo que manifiesta en prueba de su sinceridad y buena fe.*»

En efecto, aunque el tiempo estuvo nebuloso, hubo sus momentos de luz en que pudimos percibir este fenómeno natural en compañía de algunos sujetos que nos hallamos en la Administración de Correos de esta capital, y hemos sabido que muchas personas también lo notaron.»

MARTINEZ (FRANCISCO)

Historia | de las ciencias naturales | escrita en el idioma francés por Mr. Saverien | y traducida al castellano por un | sacerdote amante del bien público | (filete). Nihil est dulcius otio literario bis dico lite | raribus quibus infinitatem rerum ataque natu | rae, et in hoc ipso mundo, coelum, | teoras, mária agnoscimus. | Cicer. de clar. orat | (bigote) | en Santafé de Bogotá; | (filete) | Por D. Antonio Espinosa de los Monteros | año de 1791. |

4 hojas sin paginación, que contienen un dictamen de don José C. Mutis, de fecha 24 de julio de 1791; la licencia del Virrey Ezpeleta, firmada por éste y por Ignacio Caveró, el 20 de agosto de 1791; luego un prólogo del traductor: *al que leyere*, en 21 páginas; después el tratado 1.º, en 16 páginas (1).

De este libro se habla en el número 18, página 146 del *Papel Periódico*, fecha 10 de junio de 1791. Diccé así:

«Cuando acabamos de tratar sobre lo útil que es el estudio de la Física, nos ha parecido conveniente la noticia al público de una excelente obra, que un sujeto más amante de la humanidad que de su propio aplauso nos ha comunicado en vista del número en que se ponderó aquel ilustrado ramo de la Filosofía. Este literato no ha querido que se dé a luz su nombre, porque sólo se interesa en que disfrute el público el bien que puede producirle dicha obra.

(1) Se halla en la Biblioteca Nacional (Sección Quijano Otero, 83-85).

Al mismo tiempo ha usado la generosidad de ceder todo el producto al hospicio de pobres, en que tanto se interesa la humanidad y el desvelo del Gobierno.

«También para proporcionar más la comodidad del público nos ha encargado que la edición de ella no sea en seis tomos, porque de este modo se dificultaba en parte el que la pudiesen comprar los menos acomodados, sino que se divida en doce cuadernos que irán saliendo cada mes, y se dará principio en el próximo octubre. Esta división no la imperfecciona de ningún modo, porque los varios asuntos de que consta, casi naturalmente se dividen en doce partes. Estas no serán muy voluminosas, porque no lo es el todo de la obra. El precio de cada cuaderno, considerado con la mayor equidad, no puede salir a menos que a cuatro reales al público y tres a los suscriptores, con atención a que debe deducirse el costo de imprenta y el papel.

«A más de la excelencia de la obra debe considerar el público la suma conveniencia en que se le da y que este corto precio tiene el privilegio de una gran limosna, pues se dedica a unos fines tan justos y laudables como son coadyuvar al establecimiento de una obra pía que va a felicitar a todo el Reino.

«El título de la anunciada obra es: *Historia de las Ciencias Naturales*, escrita por el célebre físico Mr. de Saverien. Casi es ocioso el elogio que aquí vamos a hacer, cuando se sabe que ningún buen literato de cuantos existen ha dejado de aplaudir con los mayores encomios esta bellísima producción de aquel sabio francés.

«A la verdad, los curiosos e instruídos encontrarán en ella tratadas con suma delicadeza, claridad y distinción un sinnúmero de materias peregrinas, que quizá no han disfrutado en otros autores, porque el nuestro, con aquel dón de discernimiento peculiarísimo de su ingenio crítico y filosófico, presenta en dicha obra cuanto se puede desear en orden a la Física y Ciencias Matemáticas. Yo no tengo las suficientes luces que exige el asunto para formar una justa idea de su mérito, ni un ilustrado prospecto de lo que contiene en sí, pero para que se perciba de algún modo lo que ello es, haré relación de las materias y orden que deberán salir:

«El primer cuaderno constará de la historia del espacio, el vacío, el tiempo, el movimiento y el lugar. El segundo, de la materia de los cuerpos. El tercero, del elemento de la tierra. El cuarto, del agua. El quinto, del aire y el sonido. El sexto, del fuego, la luz y los colores. El séptimo, de la electricidad. El octavo, de la astronomía física. El noveno, del globo terrestre. El décimo, de la economía animal. El undécimo, de la química, y el duodécimo, de la vidriería y la tintura.

«Estos tratados llevan cada uno en el principio una corta introducción o preliminar, cuyo objeto es dár una idea de lo importante de la materia; y al frente de toda la obra, que será en el primer cuaderno, se inserta un discurso en que el traductor se contrae a todos los motivos que le interesaron en darla a luz, y los que deben tener los sujetos amantes de la bella literatura y ciencias exactas, para preferirla entre otras muchas que se han impreso re-

lativas a la misma materia. En fin, el público juzgará de su mérito, y sólo estimará el buen deseo de quien sin más interés que el de servirlo, se ha tomado el trabajo de dicha versión.»

En el número 34 del mismo periódico, fecha 30 de septiembre de 1791, se anuncia ya la aparición de la obra:

«Aviso. La versión de la obra intitulada *Historia de las Ciencias Naturales* (cuyo prospecto se publicó en el número 18) está ya corriente, y el primer cuaderno se hallará en el despacho del periódico desde mañana 1.º de octubre, como se prometió en dicha noticia

«Los tratados siguientes se publicarán por su orden respectivo en los días primeros de cada mes.»

Que el traductor fue el señor Martínez, lo sabemos por el mismo *Papel Periódico*, que lo reveló años después, en su número de 21 de noviembre de 1794, al dar cuenta de la muerte de dicho sacerdote (1).

En el número 66 del *Papel Periódico* (18 de mayo 1792) se habla nuevamente de la obra de Saverien, y se pone la lista de suscriptores a la obra. Allí están Mutis, Zea, Nariño, Esquiaqui y otros nombres conocidos en nuestra historia. Hay también suscriptores en las Provincias y en Caracas, La Habana y otros lugares del Exterior. Se dice en dicho número que la obra tendrá trece cuadernos. Parece que no se publicó sino uno, pues no hemos hallado los otros en parte alguna ni mención de ellos.

RODRIGUEZ (MANUEL DEL SOCORRO)

Al señor doctor don Diego Terán | dignidad
de Tesorero de la Santa Iglesia Metropolitana | de
la ciudad de Santafé de Bogotá, un sujeto | Recono-
cido al favor que se sirvió dispensarle Su Señoría, |
Regalándole un ejemplar del poema intitulado: |
«Mirra Dulce para aliento de pecadores» | le diri-
ge las siguientes | octavas acrósticas.

Hoja suelta. No tiene pie de imprenta. Dice únicamente 1791.

En el acróstico se lee: *Señor Tesorero doctor don Diego Terán*. En la palabra *sujeto* del título hay un asterisco y abajo dice la llamada: *El autor del periódico*, por esto se comprende que las octavas son fruto del numen de don Manuel del Socorro Rodríguez.

Se halla en la *Nueva Biblioteca Pineda, periódicos*. Vol. 55, pág. 353.

(1) Esa necrología está reproducida en la obra *Datos biográficos de los canónigos de la Catedral Metropolitana de Santafé de Bogotá*, por el doctor Pardo Vergara, página 48, y la insertamos en el número.

MARTINEZ BALTAZAR (JAIME)

El Arzobispo de Santafé.

Una hoja, sin pie de imprenta. Contiene unos decretos sobre indulgencias firmado el uno el 12 de diciembre de 1791, y el otro el 14 del mismo mes. Ambos los firma el Arzobispo con sus dos nombres de pila únicamente: *Baltasar Jaime* y el Secretario señor Pedro Echeverri.

Se halla en la Biblioteca Pinceda. Publicaciones sueltas clasificadas, vol. 4, p. 313.

Dice el fin de los decretos: «Se pasará otra copia al Maestro de ceremonias de Santa Iglesia Metropolitana doctor don Agustín Matallana, para que disponga se imprima a continuación del Directorio de los Oficios Divinos del año inmediato de 92 que corre a su cargo.»

CALENDARIO

Sabemos de esta publicación por lo siguiente que dice el *Papel Periódico* de 16 de diciembre de 1791. «Noticia. El Calendario para el año inmediato se venderá en esta capital en la tienda de Mateo Mogollón y en las demás partes del Reino en el Despacho del periódico.»

1792

GONZALEZ (LUIS JOSE)

Traducción de la | Oración | que pronunció en latín | Don Luis Joseph González, | colegial del Real Mayor y Seminario | de San Bartolomé | de Santafé | el día X de julio de MDCCXCII | en elogio del muy ilustre cabildo | de la ciudad de Río-Negro: | al qual dedicó las conclusiones, que defendió en aquel día.

8.º 8 págs. No tiene pie de imprenta, pero parece edición bogotana.

1792 (?)

CAYCEDO (LUIS)

Don Luis Caycedo, | suplica a V. se digne honrarle con su personal asistencia el día ocho del corriente | a las ocho y media de la mañana a la san-

ta | Iglesia Catedral, en donde se cruza el hábito | de la Real y distinguida Orden Española | de Carlos Tercero; cuyo favor sabrá reconocer.

Una hojita. No tiene fecha ni pie de imprenta.

Colección del señor E. Durán.

En la *Guía* de 1793 de Durán y Díaz, dice: «Altérez Real D. Luis Caycedo, Caballero de la Real y distinguida Orden de Carlos III, Calle de la Moneda.» Lo que indica que esta invitación es anterior a dicho año.

El señor Caycedo murió en 1813.

E. POSADA



BIOGRAFÍA DEL GENERAL AGUSTIN CODAZZI

ESCRITA EN ALEMÁN POR HERMAN ALBERT SHUMACHER, Y TRADUCIDA POR FRANCISCO MANRIQUE—AUMENTADA CON NOTAS, DOCUMENTOS Y CARTAS, POR CONSTANZA CODAZZI DE CONVERS
1912

(Continuación).

Vino entonces un período de relativo reposo, porque el estudio de las regiones amazónicas no podía principiarse antes del 1º de diciembre. Durante nueve meses de continuo trabajo, Codazzi llenó muchos vacíos y completó lo que apenas había diseñado en la parte descriptiva del país; él quería terminar ésta pronto, según su antigua costumbre, porque sabía muy bien que se deseaba adoptar el modelo norteamericano, estableciendo una confederación en la Nueva Granada, o un Estado federal que tarde o temprano destruiría todos los fundamentos anteriores de geografía política. Ya en el norte de Sur América había germinado la idea de una federación inmediatamente después de la separación de España, porque esos inmensos territorios no podían en realidad ser gobernados, y su mensura presentaba grandes dificultades por las inmensas distancias, sin caminos que las acortaran, las llanuras sin límites y las montañas elevándose hasta el cielo. En Venezuela, como en Nueva Granada, la nueva era había empezado con constituciones federales: al declinar la Colombia de Bolívar, se habían extendido semejantes ideas, que eran cada día más aceptadas en la capital, no obstante la veneración con que se conservaba la memoria de Nariño. Codazzi se mantenía opuesto a esta corriente que aumentaba de día en día minando el poder del Gobierno.

A pesar de su celo, su obra geográfica adelantaba lentamente; más de una vez se sintió abrumado por el recargo de trabajo, porque carecía de ayuda competente, aunque Bogotá tenía muchos nuevos medios que ofrecer. La presencia del doctor Eugene Rampon y del naturalista Herman Karsten, prometió al principio buen resultado, mientras no se contagiaron de la fiebre política, porque se había desarrollado gran susceptibilidad por los impulsos europeos. Codazzi se alegró de que Jenaro Valderrama quisiera imitarlo en su viaje al Meta por interés científico; Alexander Lindig, de Dresden, quien se había establecido en Bogotá, estudiaba las palmas-arboles; Ezequiel Uricoechea, quien en 1854 había escrito en Gottingen, y publicado en Berlín un tratado sobre las antigüedades de Nueva Granada, se entregaba a la química con grande actividad; un grupo de estudiantes en el cual figuraban Liborio Zerda y Florentino Vesga, proyectaban una *Sociedad Caldas* para promover los estudios de Ciencias Naturales; un enérgico impulsador, Santiago Pérez, pidió acompañar a Codazzi en su próximo viaje, lo que consiguió con dificultad, porque el anciano, que gustaba ocultar la bondad de su corazón bajo el manto de una rudeza militar, no admitía compañeros de sacrificio en su trabajo, y quería seguir solo su camino, siempre diligente y con la mayor exactitud posible. De repente apareció el hombre que lo había llamado a Bogotá: Tomás C. de Mosquera; mas en situación tan triste que difícilmente podía esperarse ayuda intelectual de su parte. Este hombre de casi sesenta años regresó a Bogotá visiblemente gastado y enfermo; en todo caso imposibilitado. Se había ausentado un año antes después de concluidas las sesiones del Congreso, para manejar de nuevo su Compañía de Nueva York; pero habíase visto obligado a liquidarla después de arregladas sus obligaciones. Todas las grandes esperanzas relativas a la vía de Panamá, y otros progresos en la Nueva Granada, habían quedado sin realizar; Codazzi se sorprendió de no hallarlo desalentado. Mosquera tomó parte inmediatamente en las agitaciones políticas con estilo yanqui; pocas semanas después de su regreso era ya una de sus personalidades más influyentes allí, cabeza de un partido moderado que se había levantado prontamente. Entonces volvió a interesarse en la obra de Codazzi, quien estaba un tanto descorazonado, y le llamó la atención entre otras cosas hacia un informe de Anselmo Pineda, Prefecto nominal del Territorio del Caquetá, en donde Mosquera había residido como Presidente en 1849. El escrito trataba de un viaje sorprendente de dos hermanos gemelos, de apellido Mosquera, Miguel y Pedro, y quienes habían recorrido la región que era entonces de especial importancia para Codazzi. Esos dos negros, establecidos en Mocoa, ha-

bían mantenido comercio durante varios años con los salvajes de la casi desconocida región del Caquetá, suministrándoles herramientas, armas, municiones, licores, ropas y adornos, a cambio de cera, especias, venenos vegetales, etc.; especialmente traficaban con los indios guaques. La gran correría de que trataba el informe la habían principiado en los primeros días de diciembre de 1847; su ruta no podía seguirse sino con el cuidadoso examen del mapa.

Navegando por varios días aguas abajo por el patrio río Caquetá, hasta las bocas del Caguán, habían remontado éste hasta el lugar de la antigua Misión, situado cerca del pie de las montañas de Bogotá, donde descubrieron el antiguo camino terrestre hacia el río Yari: descendieron por éste hasta Tagira, yendo luego por tierra a las montañas, atravesando la laguna Tunaima, al Ajujú, y luego por éste abajo al Apoporís: regresando después al Ajujú, y subtributario Tutuya arriba; por tierra luego, atravesando la región de las fuentes de Vaupés hasta el Catuya, uno de los tributarios del Guayabero; por el último aguas abajo a las bocas del Ariari; por éste, otra vez arriba, a un camino que conduce a Jiramena sobre el Humadea; finalmente, de aquí a Cabuyaro, donde terminó el viaje por las regiones desiertas, porque el camino conduce de allí a Medina. Los incansables viajeros siguieron su viaje a caballo de este lugar a Bogotá, el 30 de abril de 1848: el mayor interés para Codazzi consistía en ganar a estos hombres para su trabajo, cosa que consiguió gracias a la intervención de aquel bondadoso Pineda, quien, entusiasta coleccionador de libros, pertenecía al círculo de amigos más íntimo de Codazzi. Este bajó a ese valle a mediados de diciembre, e hizo una rápida mensura de la Provincia de Neiva, que se hallaba en su mayor parte en el mapa de Caldas; luego siguió el río hasta las bocas del Suaza, y poco antes de terminarse el año llegó a La Ceja, antiguo centro de operaciones de los misioneros nombrados para los indios de los Andaquíes, la mayor parte de los cuales habitaban al otro lado de la cadena de montañas; la conservación de este lugar se debía principalmente al cuidado del Gobierno del negro Mosquera. Aquel buscador de caminos estaba allí aguardando a Codazzi con un equipo completo para la marcha a través de las desiertas selvas y de los gigantescos tributarios del Amazonas. El día 1º de enero de 1857 salió de allí Codazzi con ánimo alegre y su acostumbrado vigor. Una vez atravesado el Suaza, se principió el ascenso de las altas montañas, entrando muy pronto a las ilimitadas florestas: «una vegetación exuberante, inextricable, era lo que se veía por todos lados; la naturaleza ofrece allí tenaz resistencia en reconocer al hombre como rey de la

creación; ésta destruye la tan preconizada esperanza de salvación, y sentencia a razas enteras a la proscripción. Si alguna colina ofrece un punto de vista sobre los alrededores, tan sólo un enorme y oscuro mar de verdura se presenta, sobresaliendo colinas de un verde más claro. La espesura del inmenso follaje no permite ver el suelo que lo alimenta ni los arroyos que lo riegan; el silencio de las soledades florestales sólo es interrumpido por el vagar de las fieras y el chillido, silbo o canto de las aves; y en los lugares pantanosos, por el ruido de los reptiles al arrastrarse, y el silbar de las serpientes. Antes de alcanzar la extensa selva que se descubre desde la cima de la cordillera, y a la cual con dificultad se llega en seis duras jornadas a caballo, se encuentran algunas miserables chozas de criollos como último lugar de descanso entre seres dotados de razón.

«Luégo principia el viaje en botes, sobre aguas de rápida corriente y saltos; indios desnudos, cuyo lenguaje no es posible entender, guían la débil embarcación con habilidad increíble.

«Los monos abundan en los enormes árboles de la ribera; en las playas arenosas que sirven de albergue durante la noche, hay nubes de ponzoñosos tábanos. El río se llama el Bodoqueragrande, y desagua en el Orteguasa, en cuyos bancos se ven, en las épocas de caza y pesca, varias familias de los correguaques, viviendo bajo cobertizos de palma. Después de un viaje de varios días se llega al Caquetá; bajando por éste llegamos a las bocas del Micaya, que desagua por la orilla izquierda, desde donde una trocha conduce al Sencella, cuyas aguas hay que remontar durante un día entero para llegar a las tierras altas, en la hoya de los macaguaques, al Putumayo, el segundo río en tamaño, en el inmenso país; en esta vía cruzamos el Ecuador. Siguiendo el Caquetá, muy salvaje y difícil de navegar, se llega a las bocas del Caguán; pero no se encuentra la legendaria iglesia con puertas de oro, que buscó el sacerdote Laplata con ocho compañeros fieles; muerto el Jefe, los compañeros regresaron sin haber realizado su objeto. Remontando el Caquetá desde las bocas del Orteguasa, se hallan habitaciones aisladas que aún llevan los nombres de las antiguas Misiones: Itucayamo, Solano, Yurayaco, Fotuto, Pacayaco y Limón, sitios casi sin importancia y sin más interés que el de sus habitantes.»

Codazzi se halló allí el 19 de enero de 1857, y vadeando los ríos Pepino y Rumiayaco, llegó a Mocoa, la residencia del Prefecto, y tan frecuentemente nombrada durante el viaje. Halló un lugar miserable, en el cual residían unos pocos criollos degenerados, entre éstos el Padre Ramírez, el maestro de escuela, quien se lamentaba de que nadie le

entendiese su lengua española; sin embargo, era generalmente hablada en los caseríos de Sebundoy, Santiago y Putumayo, que no se hallaban muy distantes, y pertenecían a la región más fría:

«Aquí, dijo, se habla la lengua kehna, porque la chusma india, de los ingas, hace derivar su nombre de los Incas, los hijos del sol.»

De Mocoa hizo Codazzi una excursión de quince días de la hoya alta del Putumayo al lugar donde los antiguos mapas mostraban toda clase de comunicaciones por agua, confluencias y bifurcaciones de ríos; allí halló un mulato que emprendía anualmente viaje desde su morada, Apacunti, a lugares peruanos sobre el Amazonas; este hijo del desierto iba por Tabatinga, en la parte alta del río Gullaca, y de allí a los bancos salinos de Chachapoma, para hacer permutas por el artículo de más importancia para la vida tropical; él dio al forastero los nombres de todas las tribus salvajes que habitaban en el Putumayo. La ruta condujo luego por tierra, dejando atrás el gran lago Guayabero, al Aguarico, uno de los tributarios más importantes del Napo, adonde llegaron el 31 de enero, a un gran caserío indio. Allí resolvió Codazzi el regreso a Mocoa, el que se efectuó en cinco días. El interés principal que lo impulsó a este viaje no fue tanto el geográfico, ni siquiera el etnográfico, sino más bien el lado político de la cuestión de indígenas. Esto fascinaba a Codazzi, exactamente como veinte años atrás. Escribía en Mocoa:

«He visto las más diversas tribus de los primitivos habitantes de la Nueva Granada, me he familiarizado con muchas de sus actuales costumbres, y me he formado una idea respecto a sus progresos o retrocesos; pero no he hallado motivo para suponer que el descubrimiento hubiese sido causa de adelanto social o intelectual para aquellos indios que se han mantenido sin mezcla; los aborígenes puros permanecen estacionarios aún en nuestros días; si se dice que tal condición es natural, eso implica la creencia en la predestinación, o en una diferencia cardinal de razas, o el fundamento de una doctrina contraria a toda idea de la justicia de Dios y de la unidad de la raza humana. Si una raza débil se pone en contacto hostil con otra fuerte, si aquella es esclavizada y oprimida por ésta, si se ve despojada de sus tierras, de sus tradiciones y de sus hábitos de vida, es evidente que tendrá que ir a la ruina; pero aun los aborígenes que no han sido conquistados, no han dado un paso hacia mayor cultura, por ejemplo, los goajiros, a pesar de sus relaciones comerciales con los blancos. En relación con esto debe considerarse que aquellos salvajes y los estrechamente relacionados con ellos, han llevado una

vida errante desde el tiempo del descubrimiento, porque para no ser subyugados, no se han atrevido a establecer poblados. Una vida estable es un requisito previo de todo desarrollo de cultura, y los prejuicios de tres siglos no se destruyen en unas pocas décadas, ni por leyes mejores, ni por instituciones filantrópicas; por último, y además de esto, los pueblos se han mantenido libres, habitan climas que son obstáculo para todo desarrollo, en las impenetrables selvas primitivas, bajo las devastadoras lluvias tropicales, entre fieras, aun el europeo no podría evitar convertirse poco a poco en un completo salvaje.»

En Mocoa, donde maduraron tales ideas, dejó Codazzi a sus compañeros para remontar el páramo de Las Papas, la poderosa región de montañas de donde muy juntas se desprenden las fuentes de cuatro ríos caudalosos: el Guachicóno, el Caquetá, el Cauca y el Magdalena. Codazzi se hallaba justificado en la interrupción del viaje del Cauca, porque ya en 1849 había quedado establecido que una travesía de toda la hoya amazónica de la Nueva Granada no entraba en sus obligaciones, y también porque un arreglo de límites con el Brasil parecía imposible desde 1854; finalmente, porque aún quedaba mucho por hacer en las Provincias del Sur, del otro lado de la cordillera.

Con la cegadora nieve del Puracé ante sus ojos, Codazzi marchó hacia el interior del valle del Magdalena; el 4 de abril llegó a Timaná, donde se proponía permanecer un mes entero; en parte, para medir toda la región, y en parte, para estudiar más detenidamente las antigüedades descubiertas por Caldas, y examinadas después por Ribero, bajo la dirección de Céspedes. Estas se suponían ser templos, imágenes de dioses, símbolos misteriosos; en todo caso eran huellas raras de una civilización muy antigua y extinguida ya. Es verdad que ya se había destruído mucho allí, especialmente en las cercanías de San Agustín, desde la inspección de 1825, parte por el terremoto de 1834, pero especialmente por los buscadores de tesoros en las tumbas de pasadas edades, destruyendo antiguas e interesantes reliquias en busca de joyas; pero las portentosas ruinas que se hallaban casi en su mayor parte dentro de la selva, ofrecían todavía mucho interés. Codazzi las halló muy pronto porque fue guiado por la superstición: las piezas formadas de una piedra semejante a lava, por lo general gastadas por la intemperie y cubiertas de musgo, parecían ser talladas para un lugar antiguamente dedicado al culto religioso, al cual por casualidad no habían llegado los invasores españoles. Codazzi las consideró como edificios de los civilizados indios andaqués, cuyos principios de arte habían sido destruídos por la conquista europea, aunque las figuras, por la combinación de facciones humanas con dientes

de animales feroces, recordaban numerosas cosas halladas en el Perú, y la lengua kehna se hablaba todavía en varios lugares de los alrededores de Timaná.

Codazzi no profundizó suficientemente el estudio del pasado, cuyas evidencias tenía a la vista: carecía de datos históricos; tomó a los indios dispersos de los Andaquíes, que aun moran cerca de Timaná, por los restos de un pueblo numeroso y fuerte; no había oído hablar nunca de los aymardeas, a cuya época de prosperidad parecían pertenecer aquellas interesantes obras, lo mismo que otras semejantes en la parte alta del valle del Magdalena. Codazzi pensó con razón que podía suponerse que en el angosto valle de San Agustín no se hallaban las ruinas de un poblado ordinario, sino los restos de grandes edificios destinados antiguamente a adoratorios. Vio primero dos estatuas y una figura incompleta en el cerro de Uyumbe, cerca del cual la entrada a una cámara sagrada. A la derecha de este cerro había otro que llevaba un relieve inclinado y la mitad de otra estatua. «Si uno va de aquí a través de la aldea de San Agustín, se descubre en los bancos del arroyo otra estatua, y una más adelante, en una explanada media figura extraña; no lejos de allí, al comienzo de un lugar nivelado, se halla una figura semejante a una columna, cerca de la cual se dice haberse hallado en otro tiempo una especie de altar de piedra. Más lejos, hacia la quebrada de Sombrerito, se hallan ocultas por matorrales y hojas dos cuevas que parecen cámaras subterráneas: una de ellas de dos metros de altura, está sostenida por pilares, de los cuales, los del frente están adornados con figuras; los muros consisten en planchas de piedra bruta reunidas con argamasa; el piso parece empedrado artificialmente. Según los habitantes de San Agustín, había allí dos estatuas y otras imágenes que fueron trasladadas al lugar y colocadas en la plaza, en frente de la iglesia para desterrar el espíritu infernal. También en el segundo subterráneo, cuyas pilas-tras no tenían tallados, se habrían podido hallar en otro tiempo esculturas de piedra. No lejos de allí hubo otros dos subterráneos, cavados profundamente en el interior de la maleza, que de tiempo atrás fueron colmados y donde solamente se hallaban ruinas de paredes y restos de unas trece estatuas diferentes; hallábase muy cerca una piedra tallada en forma de una vasija cuadrada; a lo largo del camino podían verse también siete extraordinarias figuras colosales, completas o medias; algunas parecían haber sido puestas intencionalmente unas frente a otras: algunas apenas habían sido modeladas en las peñas, y evidentemente dejadas sin concluir; además, en lugar diferente aparecía la figura de un sapo; en un claro se elevaban seis figuras se-

mejantes a los monumentos de un cementerio. En los alrededores, especialmente en las cercanías de una fuente salada, el espeso bosque ocultaba otras raras creaciones de la mano del hombre, entre ellas un tigre devorando un cordero. En el cerro de La Pelota pueden verse aún restos de un edificio, lo mismo que un bloque de piedra que parece haber servido de altar, al lado de cuatro horripilantes columnas; por último, en el alto de la Cruz un tallado en piedra completamente inexplicable.»

Todo lo descubierto fue examinado y dibujado con la mayor precisión posible, pero indudablemente quedaron muchas cosas ocultas. «Pueda mi investigación, puramente superficial,—dice Codazzi,—inducir a nuestros anticuarios para que exploren todos los rincones de ese valle misterioso cortando o quemando la maleza para practicar excavaciones con el objeto de traer el pasado a la luz del presente.

«Estoy convencido de que allí yacen innumerables tesoros para la arqueología americana.»

En 1856 casi no había en América otra región conocida que pudiese ofrecer igual interés para la investigación de las edades pasadas, porque allí, en el solitario y ardiente valle del río podían verse recuerdos de un pueblo que ya había desaparecido antes de los tiempos históricos, que había trabajado la piedra con instrumentos de hierro, y cuyo origen es todavía un misterio.

Codazzi principió el 2 de mayo en Timaná su viaje por las montañas hacia la parte alta del río de La Plata, que lo llevó a través de una de las regiones montañosas de carácter volcánico más estupendas; continuó la mensura del resto de las vertientes de la Cordillera Central, especialmente a lo largo del sendero entre el Huila y el Tolima: «las paredes o bloques de hielo del Huila medían de diez y seis hasta veinticuatro varas de espesor; la ascensión era impracticable; pasé la línea del ecuador terrestre; pude contemplar el Cayambó sobre ella, y el Cotopaxi; rectifiqué mis observaciones, y tuve la satisfacción de encontrarlas de una exactitud asombrosa» (carta de Codazzi a su esposa). Luego volvió hacia el ramal de montañas situadas entre el cerro de Neiva y el Sumapaz, como también hasta el mismo fondo del valle; por ejemplo, en la región de Natagaima hasta Ambalema, en donde el representante de la gran Casa inglesa de Fruhling & Goschen lo recibió con suma bondad, comisionándolo para la mensura de sus inmensos tabacales, cuyas ricas cosechas formaban la parte más importante de las exportaciones de Nueva Granada.

En Bogotá, adonde llegó Codazzi el 18 de junio, siguió con más actividad que nunca, trabajando de una vez con todos los materiales que tenía coleccionados. ¿Porqué no

había de alcanzar en un año poco más o menos? La tarea de los mapas progresaba con rapidez, aunque por una parte aún faltaban por medir algunas de las porciones más distantes de los alrededores de la capital, y por otra, todos los cuadros anteriores tenían que modelarse de nuevo, pues el punto de partida no era ya de Provincia, sino de Estados. Después de la Ley de 27 de febrero de 1855, que declaró las antiguas Provincias de Chiriquí, Veraguas, Panamá y Darién, un solo Estado, la idea federal se había desarrollado mucho. Por el poder creciente de la Ley fueron creados los Estados de Antioquia, 11 de junio de 1856; Santander, 13 de mayo de 1857; Cauca, Cundinamarca, Boyacá, Bolívar y Magdalena, 15 de junio de 1857. Por esto perdió la República la totalidad del territorio, y todo tendió hacia la federación, que fue inaugurada por la Ley de 22 de mayo de 1858. Esta nueva división hizo necesarios nuevos dibujos, nuevas computaciones, nuevas versiones del texto. No era fácil refundir en una obra geográfica las veinticuatro Provincias en ocho Estados. Sin embargo, Codazzi emprendió gustoso esta revisión, pues correspondía a su deseo de mapas departamentales, y no podía menos de disminuir los gastos de edición en Europa. Mas el establecimiento de los nuevos Estados tenía por otra parte el inconveniente grave de que por todas partes se originaban disputas respecto de linderos que la ley no definió con precisión, no solamente en donde los anteriores Cantones o Territorios de por sí fueron segregados de la previa unión provincial, sino también en donde se conservaron los antiguos linderos provinciales, o se fijaron por interpretaciones autoritarias. Anteriormente siempre habían sido poco discutidos estos puntos, y de ninguna manera seriamente disputados en el interior de Nueva Granada, mientras que ahora los Estados independientes consideraban como un deber no dejarle al vecino ni un pie cuadrado de territorio más del absolutamente necesario. Tales pequeñeces y celos ocasionaron a Codazzi, quien no podía ocultar su opinión en tales asuntos, mucho trabajo y sinfín de disgustos. A esto vino a agregar un desacuerdo con el Gobierno central, porque don Mariano Ospina Rodríguez, natural de Guasca, Presidente de la Confederación Granadina últimamente creada, declaró que él había sabido en su suelo natal que no solamente la opinión general negaba todo valor a los mapas levantados por Codazzi, sino también un hombre como Tyrrel Moore sostenía que los planos de Codazzi habían sido diseñados según los propios trabajos del primero. Oportunamente refutó Codazzi semejantes afirmaciones con declaraciones respecto a las cuestiones de linderos, mas el juicio desfavorable no se acalló en aquel Estado, lo cual se explicaba claramente por el hecho de que allí era considerada la mensura de

todo el país como obra de los liberales, y Antioquia era el asiento de sus enemigos y sostén principal del partido conservador, a que pertenecía el Presidente. Codazzi vio en tales calumnias la manifestación de odio personal y de hostilidad de partido. Aún le quedaban además complicaciones numerosas relativas a cuestiones de dinero y otros asuntos que tenía que arreglar con don Manuel Antonio Sanclemente, miembro del Ministerio, hombre que se había hecho rápidamente notorio por los corrompidos principios de sus empleados oficiales: él no podía demostrar interés especial por la obra de Codazzi, sino que más bien le trató de una manera fría y oficial. El 11 de junio de 1858, casi un año después de terminado el último viaje, Codazzi le entregó los mapas completos de acuerdo con la nueva división del país. Sólo faltaban dos de los Estados de la costa: Bolívar y Magdalena.

Le parecía a Codazzi cuestión de vital importancia reanudar de nuevo lo más pronto posible las labores principiadas en Tamalameque en 1850; emprendió con celo la edición de un mapa especial de las montañas de la costa de Santa Marta, y describió con brillantes colores la importancia de tal publicación, para alentar la inmigración. La respuesta del Gobierno respecto a este mapa fue tan poco satisfactoria, que Codazzi dio la siguiente contestación:

«La última comunicación de usted, fecha 27 del corriente, número 45, ha producido en mi ánimo una impresión en extremo dolorosa, pues veo que a mis representaciones fundadas en hechos, y a mis instancias por que tengan término seguro las tareas de la Comisión Corográfica, en bien y honra del país, se le ha dado un giro litigioso, expresando que si no me conformo con lo resuelto por el Poder Ejecutivo, "puedo hacer uso ante quien corresponda del derecho que considere tener." Yo estaba en en la creencia de que la obra emprendida por mí tenía un carácter más elevado que el de un contrato vulgar, y merecía cierta distinción en el modo de tratarla: la nota a que me refiero me ha hecho comprender que estaba equivocado; que no estoy dotando al país con una obra de ciencia, en cuya ejecución si interviene un poco el dinero, no es como precio de ella, sino como auxilio material para llevarla a cabo; que no se está levantando un monumento de honor y utilidad para la Nueva Granada, sino ejecutando una cosa común y ordinaria, de las que se compran y se venden todos los días. Semejante desengaño es bastante cruel para quien creía trabajaba para la gloria de dar a conocer al mundo ilustrado estas ignoradas regiones, etc., etc.»

Codazzi no halló en los miembros del Gabinete de Ospina ni uno solo que mostrase comprender sus labores:

Su propuesta para examinar con especial cuidado la Sierra Nevada de Santa Marta, las más altas montañas de la costa que demoran separadas de la cordillera de los Andes en todo Sur América, no recibió contestación alguna; y sin embargo, esta idea descansaba en un motivo práctico. Un estimable comerciante de Santa Marta, Joaquín de Mier, le había enviado un pequeño manuscrito relativo al plan de colonización de aquella gran meseta situada tan cerca de su morada. El autor del proyecto, Elisée Reclus, había vivido como explorador, con tal objeto y por largo tiempo, entre los indios goajiros en la extensa costa, y con los aruaquens en las montañas abundantes en el valle; a pesar de toda su habilidad personal, no había alcanzado resultado alguno, habiendo sido víctima de incontables sufrimientos. Las opiniones de este hombre fueron leídas con grande interés por Codazzi, quien halló en ellas la manifestación de sus deseos de 1850. «Los primeros europeos que se establezcan en estas montañas—escribía Reclus—tendrán indudablemente que experimentar numerosos peligros y grandes penalidades antes de obtener resultado alguno. Sufrirán las fiebres palúdicas; la carencia de sendas en las malezas y el paso de los ríos dificultarán el transporte de provisiones; las pocas, pero avarientas autoridades les causarán muchas dificultades; los recién llegados se hallarán por mucho tiempo separados de toda sociedad que no sea la de los salvajes; su condición será ciertamente dura, aunque todos los obstáculos, que disminuirán gradualmente con el adelanto de la colonización, ofrecen ventajas para hombres de energía, puesto que los obligan a la lucha, y dan por último a la victoria doble valor. La Sierra Nevada y la Sierra Negra ofrecen halagüeño porvenir al industrioso trabajador; el café se dará bien allí en los valles, aunque durante mi permanencia en el de San Antonio no fue posible recoger más de trescientas libras para nuestros cultivos; las plantas tropicales se producen a una altura increíble sobre el nivel del mar; las más importantes de estas producirán cosechas del diez por uno. Mas estas montañas son sombrías a pesar de su belleza; en la espesura de sus arbolados valles, el solitario viajero siente el corazón oprimido; la naturaleza es grandiosa, y la soledad sin límites; se carece de recursos y de amigos, porque hacen falta las habitaciones, las huertas y praderas.» Por lo tanto Codazzi deseaba con vehemencia visitar las regiones así descritas para familiarizarse con todos sus detalles. Pensó que acaso podría fundarse por sí mismo una nueva expedición de inmigrantes, si no alemanes siquiera colonos franceses.

(Continuará)